

MERCHE DIOLCH

y
llegaste
tú

MARTÍN

PARTE 8

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Cita

Prólogo

PARTE 8. MARTÍN

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Avance

Cita
Prólogo
Biografía
Créditos

Click

Gracias por adquirir este eBook Visita Planetadelibros.com y descubre una

nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros
Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Click 
EDICIONES

Merche Diolch

**MARTÍN
YLLEGASTE TÚ 8**



Prólogo

---¿Adónde vas así? ¿Has quedado de nuevo con Martín? ---la interrogó Lucía en cuanto la vio aparecer por la tienda---. Mira, hermanita, que esto comienza a convertirse en una costumbre.

---Me gusta ese chico ---mencionó Anastasia apareciendo por la puerta de la trastienda.

A Elsa, vestida con un traje de gala que guardaba en su armario y que había usado en más de una ocasión para acompañar a su padre o a Enric en algunas de las cenas o bailes a los que los invitaban, la envolvía un halo de tristeza. Ni siquiera el vestido que llevaba, y que sabía que le quedaba muy bien, había conseguido subirle el ánimo. De tirantes finos y color negro, caía por su cuerpo escondiendo a primera vista sus curvas, pero cuando se movía, provocaba que se adhiriera a su silueta, evidenciando lo que la suave tela ocultaba. Llegaba hasta el suelo, escondiendo los zapatos de salón de fino tacón que se había puesto y que iban a juego con el vestido. El cabello lo llevaba recogido en un sencillo moño bajo, y en una de sus manos llevaba un chal también oscuro.

Miró su reloj de pulsera de plata, que se había cambiado para la ocasión, y al comprobar que le quedaba algo de tiempo, se sentó en una silla y miró a su hermana y a su jefa.

---No, con Enric ---respondió a la pregunta, sin apenas dar detalles.

---Pero ¡¿tú estás loca?! ---saltó su hermana subiendo el tono de voz.

---Lucía, tranquilízate ---le dijo Anastasia---. Tu hermana seguro que tiene una buena explicación. ¿A que sí?

Elsa tomó aire y pensó en lo que le decía la mujer. Ella también lo creía, que lo hacía por una buena razón, pero según las horas se sucedían en el reloj de pared, y que ella había controlado minuto a minuto a lo largo del día, su convicción se había transformado.

---Me ha prometido que firmará los papeles del divorcio ---indicó lo que se había repetido una y otra vez.

Anastasia asintió, sentándose frente a ella.

Lucía gruñó poco convencida con su explicación.

---¿Crees que eso es cierto? ---preguntó la anciana.

Elsa se mordió el interior de la mejilla y ladeó la cabeza.

---Quiero pensarlo...

---Pero no lo sabes ---confirmó su jefa.

Negó con la cabeza.

---Eso es mentira ---espetó Lucía atrayendo sus miradas---. No es la primera vez que te lo dice, Elsa. Se ríe de ti y tú le dejas ---la acusó más enfadada con su hermana que con su cuñado. No le gustaba que se dejara manejar por alguien que le había hecho tanto daño y que continuaba haciéndoselo.

La joven observó a su hermana, que no paraba de ir de un lado a otro, soltando por su boca una gran variedad de insultos dirigidos a su marido.

---Tienes razón, pero...

---¡Aquí no hay *peros* que valgan! ---soltó su hermana muy enfadada---. Es un mentiroso y hará todo lo posible para que hagas lo que quiere. Elsa, es como papá. ¿Cuándo te darás cuenta?

Elsa agachó la mirada, golpeada por su sinceridad.

---Mi niña... ---la llamó Anastasia atrapando una de sus manos---, no necesitas el divorcio para ser feliz. Mírate, solo en este par de días has sido otra mujer. Martín ha conseguido que sonrías y te rías de nuevo, pero no como llevabas haciéndolo hasta ahora. Lo has hecho de verdad, de corazón. ---Señaló el músculo que latía bajo su pecho y que había cambiado brevemente su latido

al escuchar el nombre del joven---. Unos papeles no te lo han impedido.

Elsa sonrió al recordar las horas que había pasado al lado de Martín.

---Lo sé, pero si quiero un futuro...

---Haz caso a esta vieja, el futuro está sobrevalorado. Lo importante es el presente, el aquí y el ahora...

Ella recordó esas mismas palabras pronunciadas por alguien que había entrado en su vida hacía muy poco.

La puerta de la tienda se abrió, haciendo sonar las campanillas de la entrada e interrumpiendo la conversación que mantenían. Las tres mujeres observaron al recién llegado, un hombre vestido con un traje de chaqueta y pantalón negro, y una camisa blanca.

---Buenas noches, soy el chófer de...

---Se ha equivocado ---lo interrumpió Lucía sin dejarlo terminar.

El hombre las miró confuso.

---¿Ninguna de ustedes se llama Elsa?

La mencionada asintió y, sin demorarlo mucho, se incorporó dando un beso a Anastasia en su arrugada mejilla.

---Tengo que irme...

---No, cariño. Nadie te obliga. ---Le dio una palmadita en la mano y negó con la cabeza con resignación.

---Yo soy Elsa ---le indicó al chófer, intentando que las palabras de Anastasia y su hermana no la influenciaran, pero le estaba costando un triunfo conseguirlo. Debía probar una vez más, confiar en que Enric mantuviera su palabra para poder construirse la vida que ella quería.

El hombre asintió conforme, se dirigió hacia la puerta del local y la abrió esperando a que ella la traspasara.

Elsa se echó el chal sobre los hombros y lo siguió sin mirar atrás.

PARTE 8
MARTÍN
Capítulo 1

Una semana después

---No, señor Ferrer. No ha llegado todavía su retrete de porcelana. Sí, le avisaremos en cuanto lo traigan...

Las campanillas de la puerta de la tienda atrajeron la mirada de Elsa, distrayéndola por unos segundos de la conversación que mantenía con un cliente por teléfono. Sonrió a las recién llegadas y devolvió la atención al hombre que le hablaba desde el otro lado de la línea.

---Hola, hermanita ---Lucía la saludó en cuanto se adentró en el local.

La joven morena movió la cabeza a modo de respuesta y siguió escuchando lo que el señor Ferrer le indicaba.

---No, señor Ferrer. No se preocupe, que no se nos olvidará llamarle...

La dueña de la tienda de antigüedades, que iba tras Lucía, negó con la cabeza resignada al identificar el nombre del cliente.

---Sí, señor Ferrer. Se lo prometo ---continuó Elsa suspirando al mismo tiempo. Miró a su jefa y, sin poder evitarlo, puso los ojos en blanco---. No, Anastasia no se encuentra en este momento ---mintió recibiendo una sonrisa de agradecimiento por parte de la anciana---. Sí, se lo indicaré en cuanto aparezca. Sí... Sí... Ajá... Sí... ---Se quedó callada y miró de nuevo a las dos mujeres, mostrándoles una mueca cansada---. No, señor Ferrer. No he visto nunca una taza de retrete de porcelana de Tomas Turifed, pero no se preocupe, que como vendrá bien embalado con las etiquetas correspondientes, no se me pasará inadvertido.

Lucía no pudo evitar carcajearse, recibiendo un codazo en el costado por parte de Anastasia, en cuyo rostro, a pesar de sus actos, también se reflejaba algo de diversión contenida.

---Perdone, señor Ferrer. Debo dejarle. Han entrado unos clientes y tengo que atenderlos.

Ajá... ---respondió de inmediato a lo que fuera que le estuviera diciendo---. Sí, le avisaremos ---repetió una vez más---. Adiós, adiós... ---se despidió colgando el auricular con algo más de fuerza de la habitual---. Por fin... ---soltó de golpe observando a su hermana y a su jefa---. Os juro que me ha faltado muy poco para indicarle lo que podía hacer con el retrete de 1883. ¡En qué cabeza cabe querer un váter de porcelana!

Lucía se carcajeó al escucharla.

---¿Un váter de porcelana?

Anastasia le revolvió el cabello cuando pasó por su lado para situarse detrás del mostrador de la tienda.

---Es una antigüedad ---explicó sonriente.

Elsa bufó con fuerza constatando lo que pensaba sobre esa «antigüedad» y se sentó en un sillón Chesterfield del cual, aunque databa del siglo XIX, debido al tapizado de telas multicolores con las que su antigua dueña lo había envuelto, no lograban deshacerse. Era algo incómodo, pero para la joven se había convertido en su mueble preferido, donde se sentaba cada vez que estaba cansada o su mente la llevaba lejos de allí, de la tienda, de aquel pueblo... en busca de lo que pudo tener y perdió. Un estado que desde hacía un par de semanas se repetía más a menudo y que venía acompañado de un halo de tristeza que la envolvía.

Pasó los dedos por el brazo del sillón y dejó que su uña rasgara levemente las costuras de la tela olvidándose de lo que la había alterado y, al mismo tiempo, distanciándose de la conversación

que mantenían su jefa y su hermana sobre el famoso objeto que demandaba el señor Ferrer.

---Elsa... ---la llamó de repente Lucía, quien, al comprobar que no le hacía caso, miró a Anastasia.

La anciana elevó una de sus cejas blancas y suspiró.

---Elsa, cariño...

La mencionada parpadeó un par de veces, centrando la imagen de las dos mujeres que tenía enfrente.

---Sí... ¿Pasa algo?

---No, no pasa nada ---respondió con ternura la dueña de Una Vez en Diciembre...

---Sí, sí pasa... ---la cortó Lucía---. No puedes seguir así.

Elsa atrapó la trenza con la que llevaba recogido su cabello moreno y enredó sus dedos en ella en un tic nervioso.

---No sé a qué te refieres.

Lucía abrió sus ojos de par en par y observó a la dueña de la tienda para mirar de inmediato a su hermana mientras abría y cerraba la boca como si fuera un pez fuera del agua, sin saber muy bien qué decirle. Posó sus manos en las caderas y avanzó un par de pasos con intención de acercársele, pero Anastasia tiró de ella, deteniéndola.

---Elsa... ---llamó a su empleada con ternura mientras negaba con la cabeza a la otra joven---

Estamos preocupadas por ti.

Ella observó brevemente a las dos mujeres para dejar caer la mirada de nuevo sobre la costura del sillón.

---Lo sé ---musitó---. Y no sabéis cómo lo siento...

---¡Esto es el colmo! ---gritó Lucía dando una patada al mostrador, lo que provocó que Anastasia le propinara una colleja.

---Niña, esos humos ---la regañó.

Lucía murmuró una disculpa y, sin dudar, se alejó de ella. No quería acabar recibiendo una nueva reprimenda por su carácter.

Elsa no pudo evitar reírse, recibiendo un tirón de la trenza por parte de su hermana cuando pasó por su lado en dirección al escaparate de la tienda.

---Tú, no te rías. Encima que es culpa tuya...

Ella se mordió el labio y miró a Anastasia, que le guiñó un ojo cómplice. Observó la espalda de su hermana, quieta, delante del escaparate de la tienda, con la vista fija en la calle, y miró de nuevo a su jefa, quien revisaba en ese momento el cuaderno donde anotaban los pedidos pendientes de los clientes.

Una Vez en Diciembre... se sumió en un incómodo silencio, solo roto por el sonido del viento que se colaba por las rendijas del respiradero de la trastienda y que, acompañado de un frío helador, era la prueba de que, según el hombre del tiempo, podían tener unas Navidades blancas ese año.

Elsa sabía que no podía seguir en ese estado. Ajena a todo lo que la rodeaba, pendiente solo de levantarse por las mañanas cuando el despertador sonaba, para trabajar hasta llegar agotada a la noche, y así dormir sin soñar. Era como una autómatas que buscaba agotar su batería para que, cuando sus ojos se cerraran, pudiera alejarse de todo lo que en su cabeza se arremolinaba.

En principio pareció una buena solución, pero con el paso del tiempo se dio cuenta de que según avanzaban los días estaba más cansada, y aquello que quería olvidar seguía anclado a su corazón.

Era todo por su culpa.

Lo sabía.

Ella había vuelto a caer en las trampas de su marido y había ocasionado que su vida pareciera

estar dentro de un bucle temporal donde ni sentía ni padecía... Bueno, eso de no sentir ni padecer era en teoría, porque en realidad parecía un alma en pena.

Tras la fiesta a la que acudió en calidad de acompañante de su *marido*, todo cambió.

Su condición de esposa... No.

Su hermana Lucía tuvo razón..., como siempre. Y, aunque al principio Elsa esperó que se jactara de ello, nunca terminó de hacerlo. Era como si supiera lo que sus chanzas podían provocar, que la poca fuerza que Elsa aún tenía se evaporara hasta derrumbarse del todo.

Encontró su apoyo incondicional... una vez más, y el de Anastasia. Sin preguntas ni reproches, con su cariño y sus silencios cuando eran necesarios, aunque sabía que la paciencia de ambas se estaba acabando.

Miró a las dos mujeres de nuevo y sintió como una pequeña sonrisa se asentaba en su rostro.

La escena que las tres acababan de compartir era la prueba de que, por lo menos Lucía, necesitaba explotar.

Y la entendía...

Ella también comenzaba a sentirlo. Necesitaba echarlo todo hacia fuera, librarse de las ataduras que la retenían y gritar bien alto hasta que sus oídos se quejaran. Necesitaba llorar...

Su corazón clamaba por llorar, su alma necesitaba llorar...

No había soltado ninguna lágrima desde la fatídica noche, desde que Enric la volvió a engañar, dejándole claro, al final de la velada, que jamás firmaría los papeles del divorcio, y, aunque en el fondo ella sabía que eso sucedería, también sabía que tenía que quemar todas las opciones que le quedaban. Debía intentarlo una vez más para poder sentirse libre, para poder comenzar una nueva vida sin las esposas que la unían al pasado que la hacía sufrir; donde ella decidiría qué era lo mejor para construirla, con sus logros y también sus equivocaciones. Una vida de su propiedad donde ella, y solo ella, fuera su dueña, y si un joven que acababa de conocer, con quien había redescubierto que la felicidad no era una quimera, deseaba acompañarla... sería bienvenido.

Pero esos sueños que se construyen sobre estructuras de cristal en un momento se derrumban todavía más rápido en cuanto la realidad los golpea con fuerza. En ocasiones, con demasiada fuerza...

Su vida volvió a tambalearse; aquella que comenzaba a resurgir cuando abandonó la casa familiar tras la decepción de su padre se evaporaba de nuevo.

La negativa de Enric consiguió que el momento en el que se había permitido volver a creer en sorpresas, en pensar que quizás el rosa cursi podía convertirse en su nuevo color favorito, se derrumbara como un castillo de naipes; y, cuando llegó la luz del sol al día siguiente, recibió la estocada final al enterarse de que Martín había regresado a su hogar... sin despedirse.

A partir de ese momento su vida, por llamarla de alguna manera, se detuvo, y nada conseguía volver a ponerla en marcha.

Nada la hacía reaccionar.

Se restregó los ojos con la mano, con algo más de fuerza de la necesaria, como si necesitara quitarse esas telarañas que no la dejaban mirar lo que la rodeaba, y parpadeó varias veces seguidas, al mismo tiempo que negaba con la cabeza con demasiada fuerza.

Necesitaba reaccionar.

Necesitaba retomar el control de su vida, alejarse de lo que la hacía sufrir...

¡Reaccionar!

Miró sus manos, los dedos tan finos y las uñas que llevaban mucho tiempo sin ser cuidadas. Ni siquiera recordaba desde cuándo no se las pintaba.

---Creo que un amarillo les iría bien...

Anastasia y Lucía la miraron de golpe, algo sorprendidas de que hubiera hablado sin que ninguna de las dos le preguntara.

---¿Decías algo, cariño? ---se interesó la dueña de la tienda.

Elsa le mostró sus manos y asintió.

---Nada, solo estaba pensando que podría pintarme las uñas.

Lucía acortó la distancia que la separaba de su hermana con rapidez.

---¿Algún color en particular? ---la interrogó.

La joven movió los dedos delante de ella y asintió.

---Amarillo.

---¿Amarillo? --- preguntó Lucía extrañada ante la elección, ya que ella solía ser la alocada y su hermana mayor la clásica en lo referente a maquillaje... Bueno, en realidad en lo referente a todo.

Elsa asintió de nuevo.

---Sí, pero no creo que tenga... ---Calló de pronto, casi como si comenzara a dudar de su decisión.

Lucía atrapó una de las manos de su hermana, atrayendo su atención.

---Si quieres amarillo, yo te lo traigo. ---Le guiñó un ojo y fue hacia las escaleras, compartiendo con Anastasia miradas cómplices.

---¿Quieres algo más, querida? ---le preguntó la anciana.

Elsa iba a negar con la cabeza cuando de pronto se acordó de algo.

---Tengo un poco de hambre... No sé si...

Anastasia asintió.

---En casa tengo un bizcocho de chocolate que he hecho esta mañana, ¿te apetece? ---Agarró del brazo a Lucía, que estaba a punto de subir las escaleras que la conducirían a los apartamentos donde vivían, reteniéndola. Debían aprovechar que parecía que Elsa comenzaba a reaccionar para que se llevara algo sólido al estómago, ya que no había probado apenas bocado en todo el día, como llevaba haciendo desde hacía tiempo.

---No sé... ---Elsa dudó---. No quiero abusar...

Lucía se volvió para mirarla y le regaló una sonrisa.

---Venga, hermanita, aprovecha. Ya sabes que lo de subir estas diabólicas escaleras no es algo que me guste y muchas veces trato de escabullirme, pero hoy estoy generosa. ---Le guiñó un ojo.

Elsa correspondió a su sonrisa con otra.

---Está bien, pero subo yo también. ---Se levantó del sillón y se alisó las arrugas imaginarias del vaquero como si necesitara algo de tiempo---. Creo recordar que queda algo de lasaña en el frigorífico de Anastasia... ---Miró a las dos mujeres con una sonrisa más amplia---. Y ya sabéis cuánto me gusta.

La dueña de la tienda asintió de inmediato, apartando una pequeña lágrima que se le había escapado de los ojos.

---Sí, hija. Queda un poco y, si no es suficiente, me avisáis y cocino más.

Elsa movió la cabeza de manera afirmativa, se acercó a la mujer y le dio un beso en la mejilla, antes de tomar la mano que le ofrecía su hermana para ascender las escaleras. Justo en ese momento comenzó a sonar un móvil con una melodía que las tres conocían.

Lucía emitió un bufido poco femenino y apretó la mano de ella.

---No lo cojas... ---le rogó.

Elsa le devolvió el apretón de la mano y la soltó.

---Sube y búscame el esmalte de uñas. Ahora voy yo...

Su hermana hizo un mohín con la boca, algo reticente a hacer lo que le pedía.

---Prométemelo.

---Te lo prometo. ---Le dio un beso en la mejilla y buscó en el bolsillo de su vaquero el teléfono, que seguía sonando.

Lucía miró a Anastasia, quien le hizo un movimiento con la cabeza para que hiciera caso a su hermana, y sin más, ascendió las escaleras en dirección a su piso.

Elsa agarró el móvil, observó la pantalla donde parpadeaba el nombre de su marido y miró a su jefa.

---Lo cojo en la trastienda...

Anastasia la retuvo brevemente antes de desaparecer.

---Cariño, piensa en ti. En tu presente, en el aquí y en el ahora... No vuelvas a irte.

Ella asintió, le dio un nuevo beso en la arrugada mejilla y traspasó la puerta que conducía a la trastienda que utilizaban de almacén para guardar parte de las antigüedades que vendían.

Capítulo 2

---Hola, Enric. ¿Qué quieres ahora? ---le preguntó a su marido en cuanto descolgó el teléfono.

---Elsa... ---dudó por unos segundos---. ¿Estás bien? Te noto rara.

La joven giró sobre sus pies para sentarse a continuación en la pequeña escalera que utilizaban para alcanzar las baldas más altas de las estanterías.

---Estoy bien ---respondió sin darle detalles. Su marido no necesitaba saber que, aunque todavía estaba lejos de encontrarse perfectamente, acababa de dar el paso para recuperarse.

---Ya veo... ---dudó él.

Elsa miró el techo de la habitación, donde brillaban pequeñas estrellas, y sintió como si la noche la cobijara entre sus brazos. Sonrió ante esa alusión, ya que desde siempre la noche se había relacionado con momentos inquietantes en la literatura y el cine, y pensó que quizás sí comenzaba a encontrarse mejor.

---¿Qué quieres, Enric? ---insistió pasados unos segundos en los que comprobó que su marido no hablaba---. Tengo algo de prisa...

---Eehh... Sí, perdona ---se excusó para sorpresa de ella y carraspeó con fuerza, obligándola a apartarse el móvil de la oreja---. Pensé que querrías ir a cenar...

---Enric, ya te indiqué que no volvería a representar el papel de la pareja feliz ---lo cortó cansada de repetirlo una vez más---. Te lo dije cuando acabó la fiesta a la que fui porque me prometiste que firmarías el divorcio...

---Elsa, cariño, eso ya lo hablamos y...

---Lo hablamos en su día y te lo he repetido cada vez que me has llamado para que volviera a acompañarte a alguno de los miles de compromisos a los que te invitan; y, como parece que necesitas que vuelva a insistir: no iré contigo a ningún sitio más. Ya no.

---Elsa...

---Ni Elsa ni *Elso*, Enric. Me engañaste, me mentiste y estoy cansada. ---Suspiró---. No quiero volver a verte...

---Cariño, no es la primera vez y siempre lo resolvemos...

La joven bufó.

---No, no es la primera vez y, por eso, en algún momento debía reaccionar. Tanto tirar de la cuerda, al final se rompe.

---¿Cuerda? ¿Qué cuerda?

Elsa puso los ojos en blanco al escucharlo.

---Nada, Enric. ---Se pasó la mano por la nuca intentando destensar los nervios que se le

acumulaban en esa zona. No sabía como en algún momento pudo estar enamorada de ese hombre. Había estado tan ciega...

---¿Entonces vienes a la cena? ---preguntó para sorpresa de ella.

Esta sonrió con resignación.

---No, Enric.

---No digas eso, cariño ---la interrumpió algo desesperado---. Cenemos y lo hablamos con tranquilidad.

---Tú y yo no tenemos nada más de qué hablar.

---Elsa...

La joven miró la estantería que tenía enfrente y observó una pequeña caja de música redonda que brillaba gracias a un único rayo de luna que se colaba por una ventana. Se levantó como si algo tirara de ella y pasó sus dedos por la bailarina que había en la parte superior, sintiendo la suavidad del metal. Representaba una mujer delicada, pero al mismo tiempo muy fuerte tras años de práctica y esfuerzo. Sin decaer a pesar de lo duro de su profesión para alcanzar una meta.

---Estoy cansada de esta situación, Enric.

---Sería tan fácil que dejaras que te cuidara, cariño.

Elsa se carcajeó.

---A cambio de interpretar el *mejor* papel de mi vida, ¿no?

---Lo tendrías todo ---insistió---. Un hogar, un trabajo, una familia...

---Ya tengo un hogar, un trabajo y una familia ---respondió sin dudar. El hogar que habían construido su hermana y ella, junto a todos sus amigos y Anastasia, era mucho más de lo que podría desear nunca.

---¿Y el dinero?

---El dinero de mi padre, dirás.

---Un dinero que ganarías honradamente, como yo.

Elsa se rio de nuevo.

---No quiero ese dinero... ---titubeó---, su dinero. Viviría otra vez dentro de una jaula de cristal, bajo unas normas impuestas que se deben seguir según sus preceptos. Una vida que no me pertenecería...

---Nos ayudaríamos los dos.

La joven suspiró, abrió la caja de música y se encontró con el reflejo de sus ojos negros. Una mirada que aún mostraba rastros de tristeza, pero en la que un brillo especial comenzaba a destacar entre tanta oscuridad.

---Así no, Enric. Viviríamos una farsa que no nos complacería nunca. ---Se calló por unos segundos---. A ninguno de los dos.

---¿Y el divorcio?

Elsa se carcajeó, apoyó su espalda en la estantería y miró el techo estrellado.

---¿Otra vez con esas?

---Podríamos llegar a algún acuerdo y, tras un tiempo, firmaríamos los papeles.

Ella cerró los ojos meditando la propuesta. Quería esos papeles, quería tomar las riendas de su vida sin nada que le impidiera avanzar, pero no a cualquier precio y, de pronto, recordó la conversación que había mantenido hace ya unos días con su jefa: «No necesitas el divorcio para ser feliz. Mírate, solo en este par de días has sido otra mujer. Martín ha conseguido que sonrías y te rías de nuevo, pero no como llevabas haciéndolo hasta ahora. Lo has hecho de verdad, de corazón...».

---No.

---Perdona, cariño. Creo que no te he oído bien ---comentó Enric.

---No, no quiero ningún acuerdo ---insistió.

---¿Quieres seguir casada conmigo? ---preguntó algo confuso.

---No...

---Entonces, lo mejor es que lo hablemos, que lleguemos a un trato...

---¡No! ---gritó interrumpiéndolo. El silencio se extendió por la línea telefónica---. No quiero ningún trato, ningún pacto... No quiero nada de ti.

---Elsa, creo que será mejor que te llame en unos días y que pienses detenidamente en esta conversación...

---No, no, no... ---repitió cortándolo---. Mi vida siempre ha girado en torno a lo que mi padre y tú queráis. Ambos me engañasteis, me utilizasteis para vuestros propósitos y ya ha llegado el momento en que piense por mí misma... *en* mí misma. Sí, quiero el divorcio...

---Por eso...

La joven chascó la lengua contra el paladar.

---Soy una chica clásica a la que le gusta hacer las cosas bien, a la que le inculcaron que de la A a la Z hay que ir en línea recta, pero se acabó. Quiero pasar por la M y la Q, pasando por la R...

---Elsa, cariño, creo que no estás bien. No sé lo que tiene que ver ahora el abecedario... --- Suspiró sin saber muy bien qué decir---. Si cuando me has cogido la llamada, ya lo he notado.

Podemos hablar otro día con tranquilidad...

---No, Enric. Tú y yo no volveremos a hablar más a no ser porque hayas recapacitado y quieras devolverme lo que es mío.

---¿El qué?

---Mi opción a elegir con quién pasar el resto de mi vida...

---Eso no ocurrirá nunca, si no cumples.

Elsa suspiró y se sentó de nuevo sobre la pequeña escalera.

---Entonces seguiré viviendo. Un papel no impedirá que vuelva a ser feliz. Estamos en el siglo XXI. Una mujer no necesita el permiso de su marido para abrir una cuenta bancaria o que le firme una autorización para trabajar, y, aunque puede que legalmente se me una a ti, no creo que mi padre permita que te metas en algún asunto turbio que pueda salpicarlo y me pueda perjudicar...

---No sé por quién me tomas... ¡No haría nada ilegal! ---indicó indignado.

Elsa se rio.

---Matiza, Enric: nada ilegal sin tener todo atado y bien atado. Sé cómo trabaja mi padre y tú eres parte de su empresa.

---Elsa, no...

---Me da igual, Enric ---lo cortó---. Estoy tratando de explicarte que soy una mujer libre que puede alcanzar muchas cosas a pesar de estar casada.

---Pero no podrás casarte de nuevo ---le recordó con tono mordaz.

Ella se llevó una mano hasta el lugar donde latía su corazón y sonrió.

---Cuando llegue ese momento, quizás no quiera contraer matrimonio. Tal vez no encuentre a nadie, o quizás sí, pero gracias a esta nueva familia que me ha acogido con los brazos abiertos he comprendido que hay muchas formas de familia y, para vivir con la persona que consiga enamorarme, no necesito un papel que indique que somos marido y mujer. No necesitaré nada de eso porque estar a su lado será lo único que desee.

Enric se calló, meditando en las palabras de su esposa.

---Entiendo...

Elsa suspiró.

---Enric, yo...

---Solo hay una cosa que no encaja dentro de ese mundo imaginario que te has creado.

Ella atrapó la trenza y comenzó a enredar el cabello libre en sus dedos.

---¿El qué? ---preguntó cansada ya de la conversación.

---Que si encuentras a ese «enamorado» ---dijo con retintín---, tendrás que avisarle de que eres un témpano de hielo.

Elsa retuvo la respiración y contó hasta diez, mientras se repetía que lo que quería su marido era herirla al no conseguir lo que buscaba.

---Quizás ya lo he encontrado y le gusta «la reina del hielo» ---señaló Elsa recordando cómo la llamaba Martín.

Enric se carcajeó incrédulo.

---Cuando la realidad te golpee, volverás arrastrándote y puede que ni tu padre ni yo te aceptemos.

La joven cerró los ojos y por unos segundos pensó en sus palabras. Era su mayor miedo, que todo acabara saliendo mal y que la obligara a regresar a ese hogar donde el calor estaba ausente, y la risa y el cariño eran un espejismo. Miró sus manos, sus delicados dedos, y se acordó de su hermana, que la esperaba en su apartamento con el esmalte amarillo, y el olor de la lasaña que se recalentaba en el piso superior le recordó que Anastasia la quería, a pesar de no unir las ningun vínculo de sangre, como la hija que nunca tuvo.

---Eso nunca ocurrirá ---señaló con voz firme.

---Ya lo veremos... Ya...

---¡Ah! Por cierto, Enric...

---¿Sí? ---preguntó de forma brusca. Se notaba que ya estaba cansado de esa conversación y que la máscara con la que se había presentado al principio de la llamada había ido desapareciendo hasta evaporarse.

---Ya he conocido a alguien y quizás sea por su juventud o... ---dudó--- por sus ganas de sexo conmigo, que no le importa nada que sea «la reina del hielo». ---Colgó la llamada con una sonrisa triunfal sin dejarle reaccionar y se levantó de su improvisado asiento con un propósito: retomar las riendas de su vida.

Capítulo 3

---Me voy ---anunció nada más abrir la puerta de la casa de Anastasia, sorprendiendo a las dos mujeres que había allí.

En cuanto terminó la conversación con Enric, subió las escaleras y entró en el apartamento que compartía con su hermana. La buscó para contarle lo que había decidido, pero no la encontró, por lo que dedujo que estaría en el piso de al lado, en el de su jefa, preparando la cena.

Se dirigió a su habitación y sacó de debajo de la cama una maleta pequeña donde guardó un par de pantalones, un jersey y varias camisetas, además de algunas mudas. Se puso un vaquero negro y un gran jersey blanco que le llegaba por debajo del culo, y se calzó unas botas altas con borrego blanco por dentro que le daba calor. Llenó su neceser con lo imprescindible y lo guardó con la ropa, y se miró por última vez en el espejo de su dormitorio, antes de atrapar su abrigo para dirigirse a la casa de Anastasia.

---¿Adónde vas? --- preguntó Lucía mirando la maleta---. ¡¿Con Enric?!

---¿No quieres comer? ---La dueña de la tienda de antigüedades señaló la bandeja de lasaña que había sobre la mesa.

Elsa dejó el bolso y la maleta al lado de la puerta, y se sentó en una de las sillas, cerca de Lucía.

---No ---respondió a su hermana y seguidamente le indicó a su jefa---: Un poco. ---Tomó el plato que había delante de ella, invitándola a que le echara la pasta. Le parecía extraño que hasta hacía unas horas tuviera cerrado el estómago y apenas admitiera algo de comida, la escasa que se obligaba a comer, y ahora sintiera un hambre voraz.

Agarró el tenedor y saboreó las láminas de pasta con carne, la bechamel con ese toque a nuez moscada, y sin esperar a dar más explicaciones comenzó a comer.

Las dos mujeres se miraron extrañadas ante su reacción; esperaban algún dato más por su parte sobre su sorprendente anuncio, pero comprobaron que en ese momento la comida ocupaba toda su atención.

---Hermanita...

La joven miró a Lucía al mismo tiempo que masticaba un gran trozo de pasta y movió la cabeza animándola a que continuara hablando.

---Elsa... ---la llamó en esta ocasión la anciana.

Ella las miró y, tras beber del vaso de agua de su hermana, preguntó: ---¿Qué?

---¿Cómo que qué?! ---saltó Lucía, echando la silla hacia atrás---. ¿Se puede saber adónde vas?
---le exigió.

---A buscar a Martín ---aclaró Anastasia sorprendiendo a las dos jóvenes.

Elsa pinchó el último trozo de comida y sonrió a su jefa.

---¿A Martín? ---preguntó Lucía algo confusa---. Pero ¿por qué?

---Porque debe cerrar ese episodio de su vida para poder continuar ---explicó Anastasia de nuevo y se sentó enfrente de ellas.

---¿Y Enric? ---se interesó su hermana.

La dueña de la tienda de antigüedades fue a hablar, pero se encontró con la mano de Lucía delante de ella, pidiéndole que se callara.

---Anastasia... ---indicó---. Ya sé que ahora mismo te sientes como una especie de pitonisa o algo así, porque crees saber el futuro. ---Movié las manos en el aire sin ningún control---. Pero querría que mi hermana nos explicara lo que sucede.

La mujer mayor sonrió, atrapó una de las manos de Lucía por encima de la mesa, haciendo tintinear los miles de pulseras que llevaba en su brazo, y le dio un apretón cariñoso.

---Está bien. Me callo. ---Lucía le devolvió el apretón y ambas miraron a Elsa, esperando a que interviniera.

La joven apartó el plato ya vacío y se limpió con la servilleta la boca. Sabía que su actitud conseguía poner más de los nervios a su hermana. La conocía muy bien. Había mantenido la calma durante mucho tiempo, desde la cena a la que había acudido como acompañante de Enric, desde que Martín había desaparecido... Demasiado tiempo para alguien que solía explotar a la mínima, que buscaba siempre ofrecer su opinión, aunque nadie se la hubiera pedido, un pequeño cartucho de dinamita con la mecha muy corta; pero en todos esos días, había callado. Se había comportado como su gran apoyo, a sabiendas de que en más de una ocasión tuvo que morderse la lengua para no decir lo que pensaba, y ahora, al mantener el suspense, sabía que los límites de su paciencia estaban siendo rebasados.

---¿No hay postre? ---preguntó divertida.

---¡Elsa! ---gritó Lucía mientras se levantaba de la silla para dejarse caer sin fuerzas sobre el sofá verde con flores limón.

Esta la miró y se mordió el labio.

---Perdona, perdona... Ya os lo explico ---se disculpó entre risas.

Anastasia se levantó, pasó su mano por la cara de Elsa y le guiñó un ojo.

---Bienvenida, jovencita. ---Ella atrapó su mano y le dio un cariñoso beso en la palma---

¿Quieres un trozo de bizcocho de chocolate?

---Sí, por favor.

---Venga ya... ---saltó Lucía elevando sus brazos al aire para dejarlos caer de inmediato---

Ahora que se había decidido a hablar ---señaló a la anciana y la acusó---, vas tú y la animas a cambiar de tema.

Anastasia le sacó la lengua.

---Si tuvieras un poco más de paciencia y te fijaras en lo que te rodea, sabrías lo que quiere contar. Lo único que debes hacer es leer las señales.

Lucía se cruzó de brazos.

---A ver, Nostradamus, explícame lo que ocurre.

La jefa de Elsa apoyó una de sus manos en el respaldo de la silla y con la otra atrapó una de las grandes piedras que colgaban de los collares que llevaba.

---Se va a buscar a Martín tras decirle a su marido que puede meterse los papeles del divorcio por el culo.

---¡Anastasia! ---gritó la joven golpeando la mano que había en la silla.

Lucía se carcajeó.

---Anastasia, no paras de sorprenderme cada día ---señaló limpiándose las lágrimas que se le escapaban de los ojos.

La anciana le guiñó un ojo y se llevó la mano hasta la cadera en un gesto sexi.

---Una puede chochear, pero sigue teniendo un alma joven.

---Anastasia, tú no chocheas ---la reprendió Elsa.

La mujer mayor la miró con cariño.

---Lo sé, lo sé... ---Le palmeó la mano de manera paternalista---. Y ahora dile a tu hermana que tengo razón mientras voy a por ese bizcocho.

Las dos jóvenes observaron como se iba a la cocina, dándoles un poco de intimidad.

---¿Es verdad? ---preguntó Lucía pasados unos segundos en los que el silencio se asentó en el salón.

Elsa la observó y se encogió de hombros.

---¿Es una locura?

Su hermana se levantó del sofá, se sentó en la silla que había cerca de ella, y posó las manos en sus mejillas, obligándola a que no apartara la mirada.

---Sí, es una locura...

---¿Ves?... No sé qué pretendo con esta idea. Debería quedarme en casa, con vosotras... --- Intentó zafarse de su agarre, pero le fue imposible.

Lucía siseó acallándola.

---Pero es una locura dentro de tu cordura.

Elsa se rio.

---Eso no tiene sentido.

Lucía le apartó uno de los negros mechones que se habían escapado de la trenza.

---Dentro de tu vida planificada, esa que siempre sigues hasta para organizar los alimentos dentro del frigorífico, esto que ves como algo espontáneo, seguro que en esa cabecita tuya ---dijo dándole con uno de los dedos la parte que mencionaba--- lleva fraguándose desde hace días.

Negó con la cabeza.

---No lo tengo yo tan claro ---confesó.

Su hermana la tomó de la barbilla y le sonrió.

---¿Sabes dónde vive? ---La joven asintió---. ¿Cómo piensas ir hasta allí?
---Pensaba pedirle prestado a Isra su Camaro.
Lucía amplió la sonrisa y asintió.
---¿Y qué le vas a decir cuando lo veas?
Ella agachó la cabeza, algo tímida.
---No sé...
Su hermana chascó la lengua contra el paladar atrayendo su mirada.
---No me lo creo.
Elsa suspiró.
---Que le he echado de menos...
Lucía asintió y le dio un beso en la mejilla.
---¿Ves como lo tienes todo organizado? Solo necesitabas confiar en ti y buscar lo que en realidad quieres alcanzar. ---Le señaló el corazón---. Es tu vida, Elsa. Eres tú la que debes decidir sobre ella.
La joven le correspondió con otra sonrisa.
---Ahora lo sé ---confirmó---. Solo necesitaba tiempo.
Lucía se apartó el cabello de la cara y le guiñó un ojo.
---Lo sé, hermanita, y haces bien. Ya hay una cabra loca en la familia ---indicó refiriéndose a sí misma.
---No sé qué haría sin ti. ---Le dio un beso.
La joven se carcajeó.
---Aunque esto no sienta bien a mi ego, muchas cosas, hermanita.
Elsa se rio al escucharla.
---No lo creo, pero está bien que una de las dos tenga fe en ello.
Lucía le tiró de la trenza de forma cariñosa.
---No seas tontaina y ahora explícame lo otro.
---¿Lo otro?
---Sí, lo que ha comentado Anastasia de que le has dicho a Enric que se meta los papeles del divorcio por...
---¡Lucía! ¿Tú también? ---la cortó entre divertida y escandalizada.
Su hermana levantó las manos en son de paz y se rio.
---Yo solo repito lo que ha dicho ella. ---Señaló a la mujer que acababa de aparecer en el salón.
Anastasia miró a las dos jóvenes y dejó la bandeja que llevaba encima de la mesa.
---¿De qué hablabais, pequeñas? ¿Del bizcocho? ---Señaló el bollo esponjoso que había traído.
Lucía se rio y Elsa no pudo evitar acompañarla.
---De Enric y su...
---Más o menos ---interrumpió Elsa a Lucía, evitando que diera detalles.
Anastasia las miró y tomó el cuchillo para cortar el bizcocho de chocolate. Repartió los platos entre ellas, ocupó la misma silla en la que estaba sentada con anterioridad e indicó: ---No creo que el culo de Enric sea digno de mención, pero el de Martín es de foto.
Las hermanas se miraron anonadadas y observaron a la dueña de la tienda de antigüedades, quien les guiñó un ojo cómplice provocando que las tres estallaran en carcajadas.

Capítulo 4

Hacía ya un par de horas que conducía por una carretera comarcal donde la única luz que guiaba su camino era la de los faros del Camaro. Los limpiaparabrisas no daban abasto con la nieve que

caía y hacía tiempo que no se cruzaba con ningún coche.

Estaba perdida.

Su móvil había muerto, porque inconscientemente pensó que tendría batería suficiente para llegar hasta su destino; y, por culpa de su mala cabeza, el GPS que utilizaba a través de la aplicación había desaparecido con el último pitido del teléfono cuando se apagó.

La música de la emisora que la acompañaba desde que había salido del pueblo se entrecortaba cada vez más hasta que la sustituyó un pitido insoportable, que cesó cuando Elsa pulsó el botón de apagado de la radio. El silencio la envolvió dentro del vehículo y el frío comenzó a filtrarse por las rendijas a pesar de llevar encendida la calefacción.

---Debería haber hecho caso a Lucía ---se regañó en voz alta al mismo tiempo que apretaba el volante y achicaba los ojos intentando ver mejor la carretera---. Pero no, Elsa, debías salir corriendo. ---Golpeó el volante---. Y ahora estás en mitad de la nada, sola, sin posibilidad de avisar a nadie y, encima, hablando contigo misma.

Tras la improvisada cena, se despidió de Anastasia prometiéndole que tendría cuidado y se marchó con su hermana en busca de Israel. Lucía ya le había informado de sus planes y la esperaba en el bar de Ceci.

No tardaron en llegar y el novio de Lucía, con una sonrisa traviesa, le ofreció las llaves de su Camaro sin rechistar, para su sorpresa.

---Muchas gracias, Isra. Te devolveré este favor ---le indicó guardando la pequeña maleta dentro del vehículo.

El joven abrazó a Lucía por la cintura y la acercó a él, al mismo tiempo que le guiñaba un ojo.

---No te preocupes. Tu hermana sabrá recompensarme.

La mencionada le golpeó el pecho e intentó separarse de él, aunque no lo hizo con demasiada fuerza, por lo que le fue imposible.

---No hemos hablado de nada de eso ---se quejó a media voz.

Israel le robó un beso y le guiñó otra vez un pícaro ojo.

---Bueno, no creerías que podría dejar el Camaro, así como así, a cualquiera.

Lucía emitió un grito ahogado y le pellizcó el estómago, logrando que él la soltara. Se acercó a su hermana y le pasó un brazo por los hombros.

---Elsa no es cualquiera ---le indicó de manera socarrona.

Israel miró a las dos mujeres y sonrió.

---No, es mi cuñadita preferida.

Elsa se rio.

---La única que tienes ---le señaló.

---Además, siempre he querido ser parte de una comedia romántica de enredos...

Las dos jóvenes levantaron una de sus cejas al mismo tiempo, como si fueran la misma persona.

---¿Comedia de enredos? ---preguntaron a la vez.

Israel les sonrió.

---¿No me digáis que no sabéis de qué hablo?

Las hermanas se miraron, como si buscaran la respuesta en la otra, y devolvieron su atención al chico que las observaba divertido.

---No ---negaron en una sola voz.

Israel se apoyó en el coche y se cruzó de brazos.

---Ahora mismo, tú ---dijo señalando a Elsa--- vas a buscar al chico del que te has enamorado tras salvar los problemas que tenías. El argumento de la típica comedia romántica que os gusta a las chicas.

Ella abrió la boca varias veces buscando las palabras para contestarle, pero estaba tan alucinada con la explicación que terminó cerrándola sin decir nada.

---¿Que nos gusta a las chicas? --- preguntó finalmente Lucía.

El joven se encogió de hombros.

---Exacto, una historia de amor donde dos personas se conocen, se enamoran y acaban con un «comieron perdices».

Lucía se rio.

---Y tú sabes todo eso porque eres un experto, ¿no?

Israel se estiró e hizo como si se ajustara una corbata imaginaria.

---Claro, de matrícula de honor.

Su novia le arrebató las llaves del coche de las manos y se las dio a Elsa.

---Anda, hermanita, será mejor que te vayas antes de escuchar más estupideces...

---¡Eh! ---se quejó Israel al mismo tiempo que le daba un azote en el culo---. Que estoy aquí y te oigo.

---Por eso lo digo, para que me oigas muy bien. ---Le sacó la lengua y devolvió la atención a su hermana, que ya estaba sentada tras el volante---. ¿Estás segura de lo que vas a hacer? ---Elsa asintió---. Dijeron que iba a empezar a nevar esta noche, quizás podrías salir mañana.

Elsa le dio un beso en la mejilla y metió la llave en el contacto.

---¿Desde cuándo aciertan los del tiempo? ---Arrancó el motor, cerró la puerta del coche y bajó la ventanilla---. Os aviso cuando llegue e, Isra...

---Dime. ---Se acercó a la ventana y la miró.

---Me da que para ser un chico sabes muy bien cómo funcionan esas comedias románticas. --- Le guiñó un ojo, recibiendo unas carcajadas por parte de su hermana a su comentario, y se alejó de la explanada donde estaba aparcado el coche, que se utilizaba como aparcamiento en el bar de Ceci.

Elsa notó como una sonrisa nacía en su rostro al recordar la cara de Israel cuando se marchó y como, desde el espejo retrovisor, pudo ver a la pareja besarse. Por un instante sintió un pequeño pinchazo en el corazón ante esa imagen. Era feliz por ellos, por su hermana al verla tan bien con Israel, pero no podía negar que tenía algo de envidia, al sentir el amor que se profesaban y que ella no había conocido. Creyó que estaba enamorada de Enric cuando eran novios y desconocía su engaño, pero, tras conocer a Martín y comprobar como su cuerpo reaccionaba al estar a su lado, llegó a la conclusión de que lo que tuvo no era amor.

---Pero has sido una tonta, Elsa ---se dijo en voz alta sin apartar la mirada de la carretera.

Todavía recordaba su reacción cuando Martín le confesó sus sentimientos: «Me da igual que un papel diga que estás casada, para mí lo importante es lo que estos ---dijo señalando sus corazones--- hablen. El mío late desbocado cada vez que está a tu lado, desde que nos conocimos.

Desde que me fijé en ti, en tus ojos, tu cabello y tu cuerpo... Desde que escuché tu risa y te oí hablar, necesito estar a tu lado...».

Golpeó el volante con la mano.

---Y yo insistí en ir poco a poco... ---se reprochó---. Si no hubiera sido tan tonta...

De pronto una luz a lo lejos llamó su atención. Parecía como si saliera de entre los árboles, a pocos kilómetros de donde se encontraba, en la siguiente curva, y rezó para que se tratara de alguna área de servicio en la que pudiera pedir indicaciones para llegar a su destino.

Capítulo 5

Aparcó el coche delante del edificio que había en mitad de la nada, amparada por algunos de los camiones que habían decidido detener su viaje en previsión de la nevada que estaba cayendo

sobre sus cabezas en ese momento. Observó con cierto recelo el bar, una única edificación de varias plantas uno de cuyos carteles de neón verde indicaba que también ofrecían habitaciones.

Se subió la cremallera del abrigo y tomó aire con fuerza.

---Quizás me estoy metiendo en la boca del lobo, pero piensa que necesitas ayuda ---se dijo en voz alta---. Y, Elsa, deja de hablar sola o te meterán en un manicomio.

Cerró el coche y ascendió las escaleras que la llevaban hasta la puerta principal, que, para su sorpresa, se abrió de golpe en cuanto llegó a su lado.

---Perdone, señorita ---se disculpó un hombre de gran barriga con barba negra y un gorro de lana azul. Le sujetó la puerta y le ofreció una sonrisa---. ¿Va a entrar? ---Los modales educados distaban mucho de las pintas que tenía, con unos vaqueros algo sucios y una cazadora roja con un par de desgarrones. Si hubieran estado ellos dos solos en mitad de la noche, saldría corriendo en dirección opuesta.

Miró de nuevo al hombre, que esperaba con la puerta abierta a que pasara; por unos segundos dudó si entrar o no en el establecimiento, pero al final dio prioridad a su necesidad de ayuda por delante de sus propios miedos.

Movió la cabeza de manera afirmativa y le agradeció el gesto. Traspasó las dos puertas que separaban el interior del establecimiento de la calle, y una bocanada de calor la golpeó junto a un incesante ruido donde se entremezclaban las conversaciones con la música que resonaba desde una vieja máquina de discos.

Se acercó como si un imán tirara de ella hasta la barra del bar, adornada por miles de pegatinas de diferentes marcas de bebidas o de tabaco, y se sentó en un taburete de metal. Se quitó el abrigo y el jersey que le eran tan necesarios en el exterior por el frío que hacía, y se quedó en camiseta de manga corta. Observó la superficie de la barra, algo sucia por los restos de cáscaras de cacahuetes y servilletas usadas que había por todas partes, y comprobó que algunos nombres, frases soeces y, para su sorpresa, incluso algún poema habían sido grabados en la madera. Miró el espejo que tenía enfrente, donde esperaban las botellas de alcohol para ser servidas, y vio el reflejo de los carteles de neón que se habían instalado en el techo. Algunos imitaban bocadillos de cómics donde parpadeaban palabras incomprensibles, como si fueran los exabruptos que emitían los personajes de los dibujos, y otros eran exclamaciones rosas o amarillas que destacaban sobre espirales azules. Una decoración peculiar para un bar que le proporcionaba una luz diferente. Se giró sobre el asiento para mirarlos con mayor detenimiento, cuando una voz de una mujer reclamó su atención.

---¿Te has perdido?

Elsa recuperó su posición original y se sorprendió al encontrarse a una chica algo más joven que ella. Los rizos de su peinado destacaban alborotados en su cabeza, y una mirada azul brillaba divertida ante su escrutinio. Sin uniforme, vestía una camiseta negra de manga corta ---con la temperatura que había dentro del bar no hacía falta más abrigo--- y un vaquero azul que llevaba anclado a las caderas, donde destacaba la línea superior de un tanga rosa.

---¿Tan evidente es?

La camarera pasó un paño húmedo por delante de ella, tirando los restos de basura al suelo, y le guiñó un ojo.

---Dímelo tú ---le indicó moviendo la cabeza hacia las mesas, donde el resto de los comensales eran hombres robustos que hablaban a gritos y bebían directamente de los botellines de cerveza.

Elsa se encogió de hombros.

---Sí, me he perdido ---reconoció lo evidente.

---Bueno, vamos a ir por partes. ¿Qué te pongo?

Elsa apoyó el codo en la barra y dejó caer su cabeza sobre la mano.
---¿Estaría muy mal visto si te pidiera un café? Necesito recuperar algo de calor interior con la nevada que hay fuera.
La camarera se rio.
---Marchando un café. ---Se alejó de ella para desaparecer en lo que supuso que era la cocina, y no tardó en regresar a su lado.
---Gracias ---le agradeció en cuanto tuvo el vaso entre las manos y bebió de él.
La chica asintió, agarró un taburete que había en su lado de la barra y se sentó enfrente de ella.
---Y ahora, ¿cuál es tu historia?
Elsa puso los ojos en blanco y suspiró.
---Un chico...
La carcajada de la camarera la sorprendió.
---¿Por qué no me extraña? ---Agarró su mano y le dio un apretón cariñoso---. No me hagas caso. Son tonterías de una que acabó aquí trabajando por ir detrás de un camionero...
Elsa le devolvió el apretón.
---Lo siento...
La joven se apartó uno de los rizos que acababa de caer sobre sus ojos y encogió un hombro como quitando hierro a lo que le acababa de contar.
---Es el pasado y al pasado, ni agua.
Ella se rio.
---Buena filosofía ---indicó y bebió del café.
---Y ahora, tu historia ---la animó justo cuando la puerta de la calle se abría y junto al frío helador entraba un chico.
---Sarah, no sabes la que está cayendo fuera ---dijo a modo de saludo sin mirar a nadie en particular, mientras se restregaba las manos intentando darles calor---. Ponme una cerveza, porfa...
La chica que había estado hablando hasta hacía nada con Elsa se bajó del taburete y le sirvió al cliente su pedido.
---¿Qué haces aquí, Miguel? ---le preguntó poniendo la cerveza delante de él.
El recién llegado, tras beber del botellín, le guiñó un ojo pícaro.
---Ya sabes que necesito verte por lo menos una vez al día para ser feliz.
La camarera se carcajeó al escucharlo, negó con la cabeza y se sentó de nuevo en el taburete.
---No seas zalamero...
El joven se apoyó en la barra y acercó su cara un poco más a ella.
---¿Cuándo me tomarás en serio?
---Cuando cumplas unos años más ---le respondió divertida.
---Pero si tenemos la misma edad ---se quejó.
---Aquí. ---Sarah le golpeó en la cabeza---. No es lo mismo los cumpleaños que celebras que la edad mental que puede tener tu querida cabecita.
Él se llevó las manos hasta el corazón.
---Acabas de herirme seriamente ---bromeó sin esconder la sonrisa.
La camarera se rio.
---Ya lo veo, ya lo veo... ---Miró a la clienta que seguía bebiendo de su café y que no perdía el hilo de la conversación que mantenía la pareja---. Esto es lo que te decía...
Elsa no pudo evitar reírse, atrayendo la atención del joven.
---Reina del hielo... ---dijo dubitativo---. ¿Eres tú?
Ella se giró para mirarlo bien y sonrió.

---¡Miguel! ---Saltó del taburete y abrazó al mejor amigo de Martín.

Miguel le devolvió el gesto mientras no paraba de reírse, algo incrédulo de que tuviera entre sus brazos a la mujer que había robado el corazón de su amigo.

Apoyó las manos en los hombros de ella y la apartó un poco para poder mirarla a la cara.

---Pero ¿qué haces aquí?

---Me he perdido ---explicó como si fuera evidente---. La batería de mi móvil se murió, me quedé sin GPS... No sabía dónde estaba y no sabía qué hacer, y me detuve aquí...

---Ha llegado apenas unos minutos antes que tú ---señaló la camarera intentando que no se le notara que estaba un poco molesta de que sus clientes se conocieran.

Miguel asintió ante su explicación y apartó los mechones sueltos de la trenza de Elsa, dejando sus manos a ambos lados de su cara. Descendió la mirada para tenerla a la misma altura que la de ella, e insistió:

---¿Qué haces aquí, Elsa?

La joven de pronto se sintió algo cohibida ante su escrutinio. La alegría que había sentido al reconocer a Miguel y saber que no estaba tan desamparada como creía se había esfumado de repente, sustituida por un estado de nervios que sentía que se habían asentado en su estómago.

---Quería... Pensé que... ---titubeó agachando la mirada.

---¿Nos vamos? ---le preguntó ofreciéndole su mano.

Elsa asintió, le agarró la mano y salieron del bar sin despedirse de Sarah, que observaba la escena con sentimientos dispares. La camarera tiró el trapo que tenía en la mano sobre la barra del bar y se escondió en la cocina cuando escuchó la puerta de la calle cerrarse.

Capítulo 6

---Mañana iremos a por tu coche ---le aseguró Miguel una vez más mientras abría la puerta del apartamento.

---¿Seguro que no le pasará nada? --- preguntó Elsa de nuevo---. Mira que no quiero que Isra se enfade porque le suceda algo a su Camaro.

El chico se rio, sujetó la puerta del piso y le hizo una reverencia animándola a que entrara en él.

---Seguro. Tranquila. A pesar de las malas pintas que puedan transmitir el bar y la zona donde te he encontrado, es el lugar más seguro de la faz de la tierra.

Ella lo miró incrédula.

---Te aviso que, como suceda algo, tú responderás ante el novio de Lucía.

Miguel se llevó el dedo índice y el corazón hasta la sien, y asintió.

---Te prometo que yo hablaré con Isra, y ahora, quítate el abrigo y ponte cómoda.

Elsa hizo lo que le indicaba.

Dejó el abrigo sobre un sofá de dos plazas de color beis que había conocido tiempos mejores, situado enfrente de una pequeña televisión. Metió sus manos en los bolsillos del vaquero y observó lo que la rodeaba algo nerviosa. Se fijó en Miguel, quien acababa de desaparecer dentro de una habitación con su maleta, para aparecer al poco sin ella, y vio como se dirigía a la cocina, un pequeño espacio separado del salón comedor por una barra americana sobre la cual aún se podían ver los platos de la comida o de la cena.

El joven recogió todo de inmediato, dejándolo en el fregadero, donde ya había bastante acumulado, y abrió el frigorífico, cerrándolo al poco.

---¿Tienes hambre?

Ella negó con la cabeza.

---Cené algo en casa de Anastasia antes de salir.

Miguel asintió, conforme con su respuesta, y el silencio los envolvió.

Ninguno de los dos sabía qué hacer ni qué decir.

Elsa, nerviosa y pendiente de la puerta por si aparecía el culpable de su excursión.

Miguel, mirando cada dos por tres su reloj, pendiente de la hora a la que debería regresar su amigo y compañero de piso, al mismo tiempo que rezaba por que hoy no se retrasara.

---No sabes si...

---Mejor voy a comprar...

Hablaron los dos a la vez, interrumpiéndose, provocando que estallaran en sendas carcajadas.

---Perdona... ---se disculpó Elsa.

Miguel se quitó el gorro verde que llevaba y negó con la cabeza.

---No te preocupes. Dime qué ibas a decir.

La joven negó también con la cabeza.

---No, dime tú.

Él se golpeó con el gorro la mano y atrapó las llaves del piso que había dejado sobre la barra americana.

---Al final voy a bajar a comprar a la tienda de la esquina, por si nos entra hambre de repente.

---Elsa asintió---. ¿Te apetece algo? ---Movi6 la cabeza de manera negativa---. Vale... ---Abrió la puerta---. Ponte cómoda. No tardo. ---Salió y la dejó sola.

La chica miró la puerta cerrada y suspiró. Atrapó su trenza, jugó con los mechones sueltos y notó como en su cabeza comenzaban a girar miles de ideas, entre las que comenzaba a cobrar mayor fuerza la sospecha de que había metido la pata.

---No debería haber venido. No debería estar aquí ---se dijo a media voz.

Dio una vuelta sobre sus pies, sin saber muy bien qué hacer, y observó la estancia donde se encontraba. Salvo el sofá y la televisión, eran pocos los muebles que había en ese salón comedor.

Cogió su móvil del bolso que había dejado en el sofá y rebuscó en su interior tratando de encontrar el cargador. En cuanto lo hizo, se acercó hasta el único enchufe que vio en una de las paredes, donde había una estantería. Lo enchufó y esperó a que pudiera encenderlo para poder tranquilizar a Anastasia y Lucía, que seguro estarían esperando noticias de ella.

Era muy tarde..., demasiado tarde.

Se cruzó de brazos, sin apartar la mirada de la pantalla negra y la luz parpadeante del teléfono, hasta que los objetos que reposaban sobre la estantería captaron su atención.

Comprobó que había un par de Funkos de Harry Potter dentro de sus cajas originales y, al lado, una caja alargada donde se guardaba la varita mágica del profesor Snape. Algunos llaveros que imitaban a la *snitch* dorada, el *giratiempos* de Hermione o a los escudos de las casas de la escuela de Hogwarts descansaban sobre la madera junto a entradas donde pudo leer que habían servido para ir a ver el maratón de las películas del mundo creado por Rowling. Sonrió divertida, intentando adivinar cuál de los dos dueños del piso podía ser un friqui de la serie hasta que su vista recayó en la única foto que había en toda la estancia. En ella aparecían Miguel, Tony y Martín en actitud risueña, y recordó lo que su hermana le había contado cuando llegaron al pueblo donde ahora vivían, que esos tres eran muy amigos desde siempre.

Dejó que sus dedos acariciaran el rostro por el que estaba allí y sintió como el latido de su corazón cambiaba de ritmo. Soltó el aire que retenía sin saberlo y apartó las manos temblorosas, que agarró con rapidez. Tomó el móvil, tratando de estar ocupada para alejar de su cabeza aquello que la había alterado, pero, aunque lo encendió, todavía le costó arrancar, impidiéndole realizar la llamada que quería o comprobar si tenía alguna perdida.

Lo mejor sería esperar.

Retrocedió un par de pasos, alejándose de la estantería, y giró hacia el otro lado de la habitación, encontrándose con el culpable de su estado, el causante de que hubiera viajado en mitad de la noche, de que estuviera en ese apartamento...

Estaba allí..., con ella...

Observándola... en silencio...

No había escuchado la puerta abrirse.

No lo había escuchado llegar.

No sabía que ya no estaba sola..., que estaba con él.

Escondió sus manos en los bolsillos del vaquero para sacarlas a continuación. Atrapó su trenza, jugó con los mechones y le regaló una tímida sonrisa.

---Hola...

Martín, en un gesto ya conocido por ella, se pasó la mano por el cabello y parpadeó un par de veces como si no creyera lo que sus ojos veían.

---¿Qué haces aquí?

Elsa se encogió de hombros.

---Me he perdido ---dijo nerviosa.

---¿Te has perdido? ---preguntó confuso.

Asintió.

---Y Miguel me ha traído.

---¿Miguel?

Ella volvió a mover la cabeza afirmativamente mientras advertía como buscaba a su amigo.

---No está... Ha bajado a la tienda ---le explicó, recibiendo un movimiento automático de afirmación, y un silencio incómodo se asentó entre ellos.

Martín se dirigió hacia la cocina, dejó las llaves sobre la barra americana y le dio la espalda cuando abrió el grifo del fregadero para beber agua.

---¿Por qué, Elsa? ---la interrogó al poco, volviéndose hacia ella para mirarla de frente.

Elsa sintió como su corazón se encogía ante el tono empleado.

---Yo... ---dudó buscando las palabras correctas que necesitaba para explicarle lo que la había llevado hasta allí---. Quería verte...

El joven arrugó el ceño y se cruzó de brazos.

---¿Y tu marido? ---le preguntó mordaz.

Elsa tensó la mandíbula y atrapó nerviosa sus manos.

---No sé dónde está Enric...

---¿No has tenido que pedirle permiso para *perderte*?

Retrocedió un par de pasos, como si la acabaran de golpear.

---Martín, sé que mis actos te dolieron, pero en su momento pensé que era lo correcto. Él tiene algo que yo quiero y era una oportunidad para conseguirlo, para comenzar una nueva vida...

---¿Lo conseguiste?

Negó con la cabeza.

---Pero ya me da igual ---explicó---. Sé que hasta que Enric no quiera concederme el divorcio, seguiré atada a él legalmente, pero eso no impedirá que construya mi vida como yo quiero y deseo.

Martín la observó meditabundo. Posó sus ojos azules en su cara y deslizó la mirada por cada parte de su cuerpo.

---¿No volverás a salir corriendo cuando te llame?

---No ---negó con rotundidad---. No le debo nada y lo que quiero de él... ---Se encogió de

hombros---. No me lo dará hasta que le convenga. Tengo que asumirlo y sé que puedo ser feliz, aunque un papel diga que estoy casada. Puedo rehacer mi vida.

---Me alegro ---indicó, pero el tono de voz usado y la tensión de su cuerpo contradecían sus palabras---. ¿Y has venido hasta aquí para decirme eso? Que vas a inventarte una nueva vida... ---rumió como si le costara hablar---. Para eso podrías haberme mandado un mensaje.

Elsa se llevó una mano temblorosa hasta el cuello y agachó la mirada, incapaz de enfrentarse al joven que le hablaba de esa manera. Dudando de ella misma, de que sus planes, esos que la habían llevado hasta allí, fueran un acierto.

---Martín, yo...

Este se volvió, dándole la espalda de nuevo, como si no quisiera escucharla.

---Elsa... Estos días han sido complicados... ---le explicó---. Y ahora, cuando ya creía que lo tenía controlado...

Elsa lo observó sintiendo que su estómago cada vez se encogía más; y, sin pensárselo mucho, agarró el bolso y salió por la puerta.

Capítulo 7

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja, Elsa giró sobre sus pies con intención de salir del cubículo, pero se detuvo de golpe. Enfrente de ella estaba Martín, con las manos apoyadas en sus piernas, intentando recuperar el aire que había perdido tras su carrera escaleras abajo, cuando se dio cuenta de que ella ya no estaba en el apartamento.

---¿Estás bien? ---le preguntó preocupada al verlo en ese estado.

Martín se irguió todo lo alto que era, la miró con intensidad y avanzó hacia ella. Atrapó su cara con ambas manos y apoyó su espalda en el cristal del ascensor.

---Ahora sí ---respondió posando su boca sobre la de ella, atrapando su labio inferior para pasar a continuación al superior.

Aunque al principio el beso la pilló desprevenida, Elsa no tardó en corresponder a la caricia con la misma pasión. Llevó sus manos hasta la nuca masculina y enredó sus dedos entre el corto cabello mientras las puertas del ascensor se cerraban, escondiendo de miradas indiscretas su reencuentro.

Sus bocas se unieron con la ansiedad que sus cuerpos llevaban reclamando desde que se separaron, y sus lenguas saborearon el dulce néctar, buscando saciar la sed que había aparecido en ellos y que no lograban mitigar desde que se alejaron...

Necesitaban sentirse, amarse... Recuperar los días, las horas, los segundos que habían estado distanciados.

Necesitaban tocarse, acariciarse... Rememorar sus cuerpos, las curvas, las marcas que escondían bajo la ropa que ahora cumplía una funcionalidad de barrera que entorpecía sus propósitos.

Las manos masculinas se colaron por el interior del jersey blanco y tanteó la camiseta que llevaba, hasta que sus dedos se colaron por debajo de la tela y la suave piel le dio la bienvenida.

Un suspiro se escuchó en el ascensor.

Martín emitió un leve gruñido de satisfacción cuando comprobó que sus manos podían circular con libertad por el cuerpo de ella. Ascendió hasta el sujetador y atrapó uno de sus senos.

Elsa gimió al sentirlo.

Martín bebió de su pasión. Mordió su labio y se separó de ella para besar su cuello, dejando que la lengua se deslizara por la tersa piel mientras el cuerpo femenino se encorvaba, buscando un mayor contacto.

Las puertas del elevador se abrieron en la segunda planta sin que ninguno de los dos se percatara

hasta que un grave carraspeo los hizo reaccionar.

Martín se separó de la joven con reticencia, posó su frente sobre la de ella y cerró los ojos como si buscara recuperar las fuerzas que había perdido ante la pasión compartida.

Se sucedió un nuevo carraspeo, esperando que la pareja reaccionara.

Martín gruñó ante la interrupción y abrió los ojos para fijarlos en la oscura mirada.

No hablaron...

No era necesario.

Miles de sentimientos nadaban entre los iris azules y negros; miles de sentimientos que llevaban anclados, esperando que sus dueños se reencontraran para explotar.

---¡Márchate! ---le gritó Martín a quien se encontraba tras ellos.

Una risa respondió a su exigencia.

---Que digo yo que me alegro mucho por esto, pero que podríais buscar un sitio más íntimo --- comentó Miguel en tono jocoso, recibiendo un nuevo gruñido por parte de su amigo cuando pasó por su lado, sin soltar la mano de Elsa como si temiera que se volviera a escapar.

Ella se dejó guiar.

Con la cabeza agachada, envuelta en un halo de timidez que había aparecido de pronto, no se sentía con fuerzas para mirar a Miguel. Sentía como su cara ardía por la rojez que se había instalado en sus mejillas, y no tenía el valor suficiente para enfrentar su mirada. Se mordió el labio, donde aún sentía el sabor de Martín, y observó como el blanco suelo marmóreo del pasillo daba paso a la tarima de madera del piso donde hacía apenas unos minutos había estado.

El joven que tiraba de ella se detuvo de pronto, provocando que su cabeza chocara con su espalda. Con rapidez, Martín se giró y volvió a atrapar su cara, buscando su mirada.

---Perdona..., ¿estás bien?

Ella asintió sin decir nada y él sonrió conforme con la respuesta, dejando que su dedo acariciara sus labios inconscientemente.

Sus miradas se enlazaron de nuevo y la tensión que emanaban sus cuerpos volvió a crecer.

---Si queréis me marchó ---les sugirió Miguel nada más cerrar la puerta del piso.

Martín levantó la vista y tensó la mandíbula.

---No sería mala idea ---indicó con voz grave.

Elsa se volvió de inmediato, separándose de este, y negó.

---No, no... Esta es tu casa. Si es necesario me marchó yo y...

No pudo terminar lo que fuera a decir. Martín tiró de ella, obligándola a que lo mirara.

---No, tú no te vas a ningún sitio... ---dudó por un instante, al darse cuenta del tono usado, y añadió---: si no quieres.

Elsa asintió con timidez sin apartar su mirada de la cara de él.

---Sí, me quedo.

Miguel sonrió al observarlos, fue a la cocina a dejar la bolsa que llevaba con la compra que había hecho y se quitó la ropa de abrigo, dejándose el gorro en la cabeza.

---Entonces... ---llamó la atención de la pareja---, ¿qué hacemos? ¿Un Netflix?

Elsa se rio.

Martín miró su reloj y elevó una de sus cejas al comprobar la hora que era.

---¿No deberías ir a dormir? Creo que trabajas mañana.

Miguel asintió.

---Sí, pero nunca tenemos invitadas tan guapas en casa...

Elsa le sonrió agradecida por el cumplido.

---Miguel...

---Martín...

Ambos se midieron con las miradas. Miguel con diversión marcada en sus verdes ojos. Martín con marcada ira en los azules...Y Elsa en medio, observándolos divertida.

De pronto el sonido de un móvil rompió esa escena tan peculiar.

Los chicos se miraron confusos, al no reconocer el tono de llamada.

---Mi teléfono ---anunció la chica y salió corriendo a cogerlo donde estaba cargando. Descolgó la llamada cuando leyó el nombre de su hermana en la pantalla y en ese momento se dio cuenta de que no había pensado bien sus actos anteriores, cuando había salido corriendo del apartamento sin su maleta y sin el móvil. Sus impulsos habían hablado antes que su cabeza, y eso nunca le pasaba. ¿Adónde podría haber ido? ---Lu... Sí, estoy bien ---respondió---. En casa de Miguel y... ---titubeó--- Martín ---aclaró mientras observaba a los chicos que en ese momento hablaban entre ellos---. Sí, sí... No te preocupes. Hasta mañana ---se despidió de ella tras prometerle que al día siguiente la llamaría.

Colgó y revisó el teléfono por si hubiera algún mensaje o llamada importante, pero solo encontró un par de su hermana de cuando no tenía batería. Comprobó la hora que era, y se sorprendió al ver que eran ya las dos de la mañana. De repente sintió como el cansancio se apoderaba de ella, se abrazó a sí misma y se acomodó en el sofá, sin querer interrumpir la conversación que mantenían los dueños del piso.

No tardó en quedarse dormida.

Capítulo 8

Tiró del edredón hacia arriba y apoyó la cabeza en la pared, haciéndose un ovillo. Apretó los ojos brevemente, tratando de atrapar el sueño que se alejaba, pero cada vez era más consciente de los sonidos que traía el nuevo día. Se desperezó en la cama, estirándose todo lo larga que era, y se tumbó boca arriba, dándose cuenta, por primera vez, de dónde se encontraba. Su último recuerdo, antes de haberse quedado dormida, fue el de sentarse en el sofá al notar como las horas del viaje comenzaban a pesarle y ahora... ahora estaba en una cama.

Movió las piernas y las sintió desnudas. Levantó el edredón y lo confirmó, comprobando que lo único que tenía puesto eran las braguitas y la camiseta de manga corta que escondía el jersey que se había puesto el día anterior.

Se tocó el pecho y bufó.

---Tampoco tengo el sujetador.

Se tapó la cara con la almohada, silenciando el grito que emitió, y sintió como sus mejillas enrojecían. No sabía lo que había sucedido, no sabía por qué había acabado en la cama... casi desnuda... Alguien la debió de llevar a ese dormitorio y alguien debió de ponerla más cómoda...

Martín...

Pensó en el chico que había ido a buscar, el culpable de que ella estuviera allí, y lo que sucedió..., su encuentro. Sintió como su corazón latía a mayor velocidad, con solo el recuerdo de lo sucedido en el ascensor. La temperatura de su cuerpo aumentó cuando rememoró el momento exacto en el que sus bocas se unieron y se mordió el labio al evocar su sabor... Su pasión... Tan equiparable a la suya, delatando la añoranza que sus cuerpos habían sentido en la distancia y como, en cuanto habían acortado el espacio que les separaba, les había sido imposible alejarse...

Sentirse...

Si no hubiera sido por la interrupción de Miguel...

No quería ni imaginar lo que habría sucedido si, en vez de él, hubiera sido otro vecino el que los hubiera sorprendido...

---¿Qué te está sucediendo? ---se preguntó en voz alta justo cuando alguien golpeaba la puerta del dormitorio y la abría.

---Buenos días, dormilona. ---Martín le regaló una sonrisa.

---Hola ---lo saludó a media voz, de pronto envuelta en un halo de timidez.

El joven se adentró en la habitación sin apartar su atención de ella.

---¿Has dormido bien? ---Ella asintió---. Me alegro... Ayer te quedaste dormida en el sofá y pensé que estarías mejor en mi cama.

---Gracias...

Martín le apartó el pelo de la cara y le acarició la mejilla con reverencia.

---Fue todo un placer ---señaló con voz grave.

Elsa tragó como pudo sin despegar sus ojos de los de él.

---¿Y tú has dormido...?

Martín sonrió.

---En el sofá y te garantizo que no es tan cómodo como esta cama.

---Lo siento...

Él la miró con intensidad, sin alejar los dedos de su cara.

---No te preocupes... Seguro que ha valido la pena ---dijo de forma enigmática, y Elsa no pudo evitar que sus mejillas enrojecieran.

Ambos se callaron.

Los ojos azules fijos en los negros.

La tensión entre los dos se palpaba.

La temperatura aumentó...

Martín suspiró y dejó caer la mano con la que la tocaba, y la apretó en un puño, para abrirla y cerrarla a continuación, al mismo tiempo que daba un paso atrás para consternación de Elsa.

---¿Tienes hambre? ---Ella asintió y él se pasó nervioso la mano por su cabello---. Está bien... --
- Se calló sin dejar de mirarla, pero no se movió de donde estaba ni la volvió a tocar.

El silencio volvió a rodearlos.

La joven se incorporó levemente, dejando caer el edredón hasta la cintura, y observó como los ojos azules de Martín se oscurecían.

Este escondió las manos con rapidez en los bolsillos del vaquero y las sacó de inmediato para pasarlas por sus piernas nervioso, como si no supiera muy bien qué hacer en ese momento.

---Martín, yo...

---Te espero fuera ---le anunció interrumpiéndola y salió de la habitación precipitadamente sin darle tiempo a acabar lo que pensaba decirle.

Elsa miró confusa la puerta cerrada, sin entender muy bien lo que acababa de suceder, y se dejó caer sobre la cama. Miró el blanco techo y observó el sencillo plafón plateado, con dos bombillas, mientras intentaba que su respiración volviera a la normalidad. Se giró en la cama y contempló por primera vez la habitación donde se encontraba. Una mesa, un taburete y una estantería pequeña que había encima de ella eran los únicos muebles del cuarto, además de la cama en la que estaba. En tonos grises, la única nota de color la ofrecían un par de cojines naranjas que había desperdigados por el suelo y la carrocería de la moto que había en el póster que ocupaba una de las paredes. El resto de la fotografía era en blanco y negro, siguiendo la misma línea que la decoración del dormitorio, destacando la moto por ese toque de color tan peculiar.

No tenía dudas de que era una habitación masculina, pero no sabía si pertenecía a Martín.

Pasó las manos por la sábana y sintió el tacto suave de la tela, acercó su cara a la almohada, con

la que se había desahogado no hacía mucho tiempo, y aspiró el olor de su dueño, resolviendo su dilema.

Su aroma era inconfundible...

Se levantó de la cama y buscó su maleta, pero no la encontró. Intentó localizar algo de la ropa que llevaba puesta el día anterior, pero obtuvo el mismo resultado. Giró sobre sus pies, sintiendo la suavidad de la alfombra, pensando qué podía ponerse, ya que no podía salir de la habitación en ropa interior, y decidió abrir el armario de la habitación. El olor de Martín la golpeó, obligándola a cerrar los ojos como si el propio joven la hubiera tocado. Pasó los dedos por las camisas y jerséis que colgaban de sus perchas hasta detenerse en una que reconoció de inmediato, la misma que había llevado su dueño a la cita que tuvieron en el viejo granero, y no dudó en ponérsela, comprobando que le llegaba un poco más abajo del trasero.

Se miró en el espejo que había en la puerta del armario y se recolocó un poco el cabello, que llevaba suelto. Tomó aire, intentando encontrar las fuerzas que necesitaba, y salió del dormitorio.

El ruido de cacharros en la cocina la recibió.

Se acercó hasta la barra americana y observó la espalda de Martín embutida en una camiseta gris que se le adhería al cuerpo cada vez que se movía, mientras fregaba los platos y vasos usados.

Se sentó en una banqueta alta y apoyó los codos sobre la superficie de la barra americana, fijando su mirada en el dueño de la casa, deleitándose en su escrutinio, aprovechando que no se percataba de su presencia.

Observó su cabello corto, los rizos que se formaban en la nuca; la fuerte espalda, recordando el tatuaje que tenía en el tórax, un trisquel celta que sus dedos habían dibujado con precisión, disfrutando de lo que provocaba en su dueño mientras lo acariciaba. Sintió como una sonrisa nacía en su rostro y pensó que no le importaría volver a verlo.

Descendió con lentitud por la espalda y se deleitó en el trasero, vestido con un vaquero azul que reposaba en sus caderas, y que le sentaba de maravilla. Sintió un hormigueo en la yema de sus dedos, como si le pidieran que se acercara para poder acariciar esa parte masculina, justo en el momento en el que Martín se dio la vuelta y la pilló in fraganti.

Elsa se incorporó de golpe y sintió como sus mejillas enrojecían.

Martín sonrió al verla.

---¿Café? ---le preguntó sin hacer mención de lo que había sucedido.

Ella asintió.

---Por favor...

---¿Tostada? ---Le puso delante un plato con un par de rebanadas de pan con canela y sirope de caramelo.

---¡Qué buena pinta! ---Atrapó el tenedor y se llevó a la boca con rapidez el manjar, mientras Martín le ponía el café---. Está riquísimo... ---dijo con la boca llena.

Él se rio.

---Me alegro. ---Se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos, sin dejar de mirarla.

---¿Tú no comes nada?

Martín negó con la cabeza.

---Ya he desayunado, mientras esperaba a que te despertaras...

Elsa tragó lo que estaba comiendo.

---¿Es muy tarde? ---Tomó la servilleta y se limpió la boca.

Martín miró el reloj de pulsera y anunció:

---Bueno... Según cómo lo veas. Es la una del mediodía.

---Oooh... Perdona... No pensé que... ---Miró a ambos lados sin saber muy bien qué buscaba---

¿Y tu trabajo? No quiero que por mi culpa...

---No te preocupes. Me debían unos días. ---Recogió el plato vacío de Elsa y lo dejó en el fregadero.

Ella asintió conforme.

---¿Y Miguel?

Martín sonrió.

---Él sí que tenía que ir a trabajar y si no, le habría echado. ---Le guiñó un ojo.

---Pobrecito...

---¿Pobrecito? ---repitió divertido---. Si estuviera por aquí, no podríamos resolver lo que tenemos pendiente.

Elsa bebió de su café, buscando tiempo para responder a lo que él acababa de decirle.

---¿Tenemos algo pendiente? ---preguntó bajando la voz.

El joven se acercó a ella y le quitó la taza de las manos, a sabiendas de que en ese momento buscaba una especie de refugio.

---¿Has acabado? ---Ella movió la cabeza de manera afirmativa con lentitud---. ¿Quieres algo más? ---Elsa negó mientras veía como la dejaba en el fregadero junto al plato.

Martín rodeó la barra americana y la agarró de la mano, tirando de ella para que lo acompañara hasta el sofá. Se sentó y esperó a que lo imitara. Esta volvió a mirar el apartamento, sin saber muy bien lo que buscaba.

---Elsa... ---La miró.

La mano masculina se posó en el sofá, animándola a que se sentara, a su lado.

Soltó el aire que retenía sin saberlo e hizo lo que le indicaba.

Martín atrapó de nuevo su mano y comenzó a acariciar sus dedos con delicadeza.

Elsa observó sus movimientos, sintiendo como esos sencillos gestos provocaban que miles de escalofríos la recorrieran de arriba abajo, y que su corazón latiera a un ritmo diferente.

---¿Por qué has venido, Elsa? ---le preguntó de pronto, alejándola de su ensoñación.

Ella elevó su cara y se encontró ante la mirada azul.

---Me perdí...

---Y Miguel te encontró ---repitió lo mismo que le había dicho la pasada noche---. Pero para llegar hasta ahí... ---La tomó de la barbilla y acercó sus caras---. ¿Qué ha pasado?

Observó sus ojos, esos donde podía sumergirse buscando las mayores aventuras que nunca había experimentado hasta caer entre sus brazos, como un barco a la deriva hasta llegar a puerto seguro.

---Quería verte... ---repitió. No podía decir más. Necesitaba verlo, estar con él. Era la conclusión a la que había llegado cuando salió corriendo de su casa y se aventuró a ese viaje en mitad de la noche. Podía construirse una nueva vida, podía avanzar sola hacia ese nuevo futuro que se había propuesto conseguir, con la gente que la apreciaba, pero sabía que, en ese camino, quería que la acompañara Martín.

El joven le acarició la mejilla sin soltar su barbilla por temor a que volviera a agachar la cabeza y le impidiera observar su negra mirada, donde se reflejaba el cielo estelar en una noche sin luna.

---¿Por qué? ---insistió.

Elsa se mordió el labio y, con rapidez, el pulgar de él se movió hasta esa zona para acariciarla.

Pasó con delicadeza el dedo, intentando que abandonara ese gesto, sin apartar su mirada de la de ella, sintiendo como la energía que los envolvía se incrementaba y la respiración de ambos aumentaba.

Elsa suspiró y la lengua apareció con timidez, acariciando la zona que se había dañado..., acariciando su dedo, su sabor...

---Elsa...

---Martín, yo...

Un gemido gutural se escuchó en el apartamento, justo cuando la boca masculina se cernía sobre la de ella, interrumpiendo lo que fuera a decir con un beso devastador.

Elsa gimió ante el contacto.

El beso se incrementó.

Martín atrapó su labio y pugnó con su lengua para que ella lo imitara, y no tardó en acompañarlo.

La joven agarró la camiseta de él, tirando de ella, clamando por un mayor contacto.

Martín posó las manos en su cadera y la elevó hasta colocarla sobre él, sin romper el beso.

Coló sus manos por el interior de la camisa y acarició la desnuda espalda de Elsa.

Ella llevó las manos hasta su nuca y enredó los dedos entre sus rizos, esos que habían captado su atención cuando lo observaba. Se movió un poco, sintiendo como una parte del cuerpo masculino cobraba vida, y volvió a gemir ante su contacto.

Martín gruñó...

Ella se movió de nuevo y sintió como nacían multitud de calambres en su interior. Comenzó una danza donde su cuerpo buscaba aliviar el ardor que sentía, sin dejar de besar a su amante, alentándolo a que continuara con sus caricias, lamentando que la barrera de tela pudiera evitar sentirla, tocar su piel, saborearla...

Las manos de él se trasladaron hasta el liso estómago y ascendieron con lentitud hasta sus pechos. Los pezones, ya enhiestos, ardieron ante el contacto de los dedos, momento en el que la pareja se separó y Elsa se arqueó.

Martín besó su cuello, dejando que su lengua saboreara su suave piel, dibujando un camino húmedo por el escote que ofrecía la camisa que llevaba puesta, pero sin poder avanzar mucho más cuando se topó con uno de los botones.

Elsa se movió y su cuerpo reaccionó.

Observó su piel rosácea, su tentador cuerpo, y anheló una mayor cercanía, un mayor contacto...

Gruñó y, sin previo aviso, la elevó y la tumbó en el sofá.

Los negros ojos lo observaron con pasión.

Martín la miró con el mismo fervor.

Se quitó la camisa, dejando visible su tatuaje, y desabrochó el botón del vaquero sin perder de vista como los dedos femeninos desabotonaban la camisa con demasiada lentitud para su gusto, hasta descubrir su pecho.

Martín retuvo su respiración.

Elsa retuvo la suya.

No hablaron. No hacía falta decirse nada. Eran sus cuerpos los que hablaban, los que anhelaban, los que demandaban...

Sus miradas se entrelazaron...

Elsa se mordió de nuevo el labio, movimiento que siguió con atención Martín, que chascó con la lengua el paladar, deteniendo ese tic nervioso que recibió un movimiento de cabeza complaciente por su parte cuando comprobó que le había hecho caso.

---No quiero que sufras... ---le dijo.

Ella elevó sus manos y comentó:

---Pues ven...

Martín no se hizo de rogar.

Se deshizo del vaquero y los calzoncillos, liberando su erección, y llevó sus manos con rapidez hasta la única frontera de tela que quedaba entre los dos. Tiró de las braguitas, arrancando un grito

a su dueña, y se tumbó sobre ella, tratando de no aplastarla.

---Tú ordenas y yo obedezco ---le dijo mirándola a los ojos.

Los dedos de Elsa siguieron sus cejas, como si quisiera dibujarlas de nuevo, y le regaló una sonrisa traviesa. Trasladó las manos por su espalda hasta el trasero, abriendo sus piernas para dejarle un mayor espacio, y se arqueó. La humedad de sus labios vaginales acarició su miembro, arrancándole un gemido.

Martín la miró sorprendido.

Ella sonrió.

---¿Quieres guerra?

Elsa negó con la cabeza, le mordió la barbilla y se acercó hasta su boca, dejando que su lengua le acariciara los labios.

---Quiero sentirte dentro de mí, que me sacies... ---Le dio un sutil beso---. Que me adores, me ames... ---Se arqueó ante la intromisión en su interior.

Martín la miró y apartó los mechones de su cara.

---¿Así? ---le preguntó con una nueva embestida. Ella ahogó un gemido y asintió---. O... ¿mejor así? ---Quiso saber tras moverse dentro de ella, con dos estocadas seguidas.

Elsa arqueó su cuerpo y se mordió el labio instintivamente, al mismo tiempo que gemía.

Su amante la besó de golpe, moviéndose de nuevo dentro de ella y consiguiendo que las paredes vaginales lo abrazaran. Se apartó de ella y descendió por su cuello, hasta donde se junta con el hombro, y la mordió.

Ella gritó.

Martín se introdujo aún más dentro de ella.

Las piernas femeninas se abrieron permitiéndole el acceso y sus uñas se clavaron en los glúteos de él, animándole a que aumentara sus movimientos.

Sus respiraciones se aceleraron.

Los gemidos crecieron y sus corazones se acompañaron, latiendo al mismo ritmo.

Sus miradas se buscaron y los resuellos se entrelazaron.

La temperatura de sus cuerpos aumentó y las sensaciones explotaron.

Elsa sonrió.

Martín la besó.

---Deberíamos irnos a mi dormitorio... ---Ella asintió---. No querría que Miguel nos encontrara...

La joven abrió los ojos como platos ante su comentario.

---¿No estaba trabajando?

Él la besó otra vez.

---Sí, pero tiene que estar a punto de llegar... ---Elsa le golpeó en el culo, recibiendo un grito ahogado de su dueño---. Oye, ¿a qué ha venido eso?

---A que podría habernos visto... ¡así!

Las voces provenientes del pasillo del edificio atrajeron su atención.

---Todavía está a tiempo ---señaló Martín mirando hacia la entrada del piso mientras ella había empezado a moverse debajo de él, intentando levantarse---. No hagas eso, que mi cuerpo tiene vida propia... ---dijo sonriendo.

Elsa se detuvo al sentirlo.

---Martín... ---le rogó.

Este la miró con cariño y se apiadó de ella. Se levantó y tiró de Elsa para ayudarla a incorporarse. Sus cuerpos se tocaron y sus miradas se entrelazaron de nuevo, pudiendo encontrar residuos de esa pasión que habían compartido y que todavía no se había evaporado.

Martín la besó.

Elsa le correspondió la caricia.

El ruido de unas llaves en la entrada los separó de golpe.

La joven recogió la camisa que llevaba hasta hacía unos instantes, junto a las bragas, y salió corriendo hacia la habitación donde había pasado la noche, mientras escuchaba la risa de Martín.

Capítulo 9

---¿Tienes hambre, Elsa? ---le preguntó Miguel en cuanto tuvo el valor suficiente para salir del dormitorio adonde había huido a su llegada. Estaba sentado en uno de los taburetes que había cerca de la barra americana, conversando con Martín, quien cocinaba en ese momento.

Se acomodó cerca de él, en la otra banqueta que había, y asintió.

No sabía si en realidad el joven había visto algo de lo sucedido entre Martín y ella minutos antes de que apareciera o lo sospechaba, pero se sentía algo tímida en su presencia.

---Un poco...

---Suele pasar ---indicó este en tono encriptado. Ella lo miró sin saber muy bien por qué decía eso y él le guiñó un ojo---. El ejercicio abre el estómago.

La chica sintió como sus mejillas enrojecían.

Martín se giró con la sartén en la mano y echó la comida en los platos que había dispuestos delante de ellos.

---Miguel... ---lo llamó con tono nada amigable.

Este elevó sus manos en son de paz y se rio sin poder evitarlo.

---Si la culpa la tenéis vosotros... ---La pareja lo miró sin comprender---. Tenéis dos habitaciones libres, con dos camas muy cómodas, y acabáis en el sofá. ---Señaló con su mano el mueble donde Elsa y Martín habían dado forma a su pasión.

Elsa agachó la cabeza y tomó el tenedor que había a su lado para hurgar en la comida.

Martín le quitó a su amigo el gorro de lana que llevaba y le golpeó la cabeza.

---¡Pórtate bien! ---le recriminó entre enfadado y divertido.

Miguel se rio y asintió.

---Lo siento, pero ahora tengo un gran problema.

Elsa lo observó con curiosidad.

Martín sacó un plato para él de uno de los armarios y se sirvió sin hacer caso a lo que decía su amigo.

Miguel probó la comida sin indicar nada más.

Los dos chicos se ignoraron mientras Elsa se quedaba con la duda de ese *problema*.

Martín la miró y ella hizo un gesto con la cabeza, animándolo a que le exigiera a su amigo que continuara explicándose.

Su amante elevó las cejas y suspiró.

---¿Qué problema? ---preguntó al final.

Miguel los miró sonriente.

---Cuando me siente allí ---señaló de nuevo el sofá--- tardaré en quitarme de la cabeza la idea de que vosotros dos... ---mover los dedos índice y corazón a la vez--- habéis...

Elsa gritó de impotencia, tomó la servilleta y lo golpeó.

---Serás tonto...

Miguel se carcajeó.

---Oye, no me pegues ---se quejó.

Elsa miró a Martín.

---¿No le dices nada?

Este se le acercó y le dio un beso en la boca.

---Tú has sido quien quería que le preguntara... ---le indicó---. Ha sido tu culpa.

Ella gruñó y se llevó la verdura a la boca.

---Eso me pasa por curiosa.

---La curiosidad mató al gato, reina del hielo ---le señaló Miguel divertido.

Lo observó intentando mirarlo con cara de pocos amigos, pero de inmediato sintió como nacía una sonrisa en su cara hasta que estalló en una carcajada.

Los dos chicos no tardaron en acompañarla, distendiendo el ambiente.

Tras comer se habían acomodado en el sofá. Elsa y Martín compartían espacio mientras Miguel había optado por sentarse en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, cerca del enchufe donde tenía cargando su móvil. Habían puesto una película en la televisión y, aunque al principio les había parecido interesante, acabaron hablando entre ellos, olvidándose pronto de ella.

---¿Quién de los dos es el friqui de Harry Potter? ---interrogó Elsa haciendo referencia a los objetos que había en la estantería del salón comedor y que el día anterior había podido estudiar.

---Miguel ---respondió con rapidez Martín.

---¡Eh! Tú también has venido a más de uno de los maratones de películas ---puntualizó el aludido.

Elsa miró al chico que estaba sentado a su lado.

---¿Es verdad?

Este se encogió de hombros.

---Están bien ---indicó sin apenas darle importancia.

Ella se rio.

---Ya... ¿Solo bien?

Miguel dejó de mirar el móvil y se incorporó levemente.

---Ahí donde lo ves, se disfrazó de Severus Snape para acudir a uno de esos maratones.

Elsa lo observó sin dar crédito.

---Entonces, la varita... ¿es tuya? ---Martín la miró de reojo y asintió a regañadientes---. Me encanta. ---Se rio y se apoyó sobre su estómago para darle un beso que él no tardó en corresponder.

---¡Eh! Que no estáis solos ---Miguel les llamó la atención.

La joven se separó de Martín, y este miró a su compañero de piso con cara de pocos amigos.

Llevaban bastante tiempo compartiendo casa y le tenía mucho aprecio, como si fuera un hermano, pero en solo dos días, desde que había llegado Elsa, había deseado en más de una ocasión vivir solo.

---¿Y por qué solo tenéis una foto? ---interrogó de pronto Elsa curiosa, sorprendiéndolos con su pregunta.

Martín observó la imagen que indicaba desde el sofá y Miguel se incorporó para cogerla.

---Somos los tres: Tony, Martín y yo ---indicó.

Elsa sonrió.

---Eso ya lo sé. Los tres mosqueteros. Lucía me explicó que siempre habéis cuidado los unos de los otros, pero no me ha parecido ver ninguna otra foto en el piso y me ha extrañado...

El silencio se hizo en la habitación.

Miguel dejó el marco del cuadro en el mismo lugar que ocupaba con anterioridad y desenchufó el móvil.

---Son cosas complicadas...

Elsa observó al chico para mirar a continuación a Martín, que no había hablado desde que había preguntado por las fotos.

---Está bien. No hace falta que me expliquéis ---indicó con rapidez, levantándose de su asiento para acercarse hasta el fregadero de la cocina. Agarró un vaso y lo llenó de agua---. Todos tenemos fantasmas en nuestras vidas... ---comentó hablando desde su propia experiencia y bebió del vaso.

Miguel miró una vez más el móvil, lo guardó en el bolsillo de su vaquero y la observó ofreciéndole una triste sonrisa.

---Me voy...

---No, Miguel. No quiero que por mi culpa...

El joven se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

---No te preocupes ---la tranquilizó---. Me tengo que ir, de verdad.

Elsa asintió conforme y vio como se marchaba del apartamento, dejándola sola con Martín.

Capítulo 10

---¿Estás bien? ---preguntó sentándose de nuevo en el sofá, al lado de Martín---. No pensé que fuera...

Él siseó acallándola. Atrapó su mano y dejó que sus dedos se enredaran.

---No pasa nada. Es solo que nuestro pasado es complicado...

---¿El de los dos? ---se interesó recibiendo un movimiento afirmativo por su parte---. ¿Qué pasó?

Martín la miró, calibrando qué contarle y qué no decirle.

---Es...

---No, perdona ---lo cortó y se levantó de nuevo, alejándose de él---. Otra vez mi maldita curiosidad es la que ha hablado y no, no debería insistir. Es algo vuestro, personal, íntimo y yo no soy nadie a quien se lo tengas que contar.

Él la abrazó por detrás, le dio un beso en el cabello y atrapó las manos que no paraba de mover, gesticulando al hablar.

---Yo no debo contarte la historia de Miguel, pero sí quiero hablarte de mí.

Ella se giró y besó sus manos, fijando sus ojos negros en los azules.

---No quiero que te veas obligado. No soy nadie...

Martín siseó acallándola, atrapó su cara y le dio un leve beso en la boca.

---No quiero volver a oírte decir eso, Elsa. Tú eres parte importante de mi vida. ---Llevó una de sus manos hasta donde latía su corazón---. De mí... ---Tomó aire---. Aunque pienses que nos conocemos desde hace poco, que puedo ir deprisa, que...

La boca femenina lo silenció.

---Pensaba... ---le confesó.

Él la miró con los ojos bien abiertos.

---Yo... creí... ---titubeó.

Elsa se puso de puntillas y lo besó de nuevo, agarrándose a su cuello.

---Las cosas pueden cambiar ---dijo enigmáticamente y se alejó de él, o por lo menos lo intentó, porque Martín atrapó su mano y tiró de ella, para hacerla regresar a su lado.

---¿No me vas a explicar a qué se debe tu cambio de actitud?

Ella se encogió de hombros y le sonrió.

---Soy libre para cambiar de opinión, ¿no?

La abrazó por la cintura y la elevó.

---Sí, sí... Claro, y acabas de hacerme la persona más feliz del planeta Tierra.

Elsa se carcajeó.

---Eres un exagerado.

Martín la besó.

---Pero es la verdad.

---Me alegro ---dijo muy seria sin apartar su mirada de la de él---. Y ahora, bájame. Necesito que mis pies pisen el suelo para no llegar a creerme que estoy volando.

---¿Y qué hay de malo en volar? ---Martín, lejos de hacerle caso, comenzó a dar vueltas sobre sí mismo haciéndola girar con él hasta que acabó en el suelo, con Elsa encima riéndose sin parar.

---Eres un crío ---lo regañó divertida.

Él la giró, hasta que su espalda dio con el suelo, poniéndose por encima de ella.

La risa femenina se interrumpió y sus ojos se encontraron.

---Soy más joven que tú, pero no por ello menos adulto ---señaló con voz seria.

Elsa lo miró confusa y llevó la mano hasta su cara, donde ya comenzaba a notarse una incipiente barba.

---No quería decir eso... ---se disculpó y buscó su boca, pero él se apartó. Llevó la mano hasta su nuca y lo obligó a mirarla---. Reconozco que la diferencia de edad ha sido siempre un problema para mí, pero no quiero que eso nos separe. ---Elevó su cabeza y acercó sus labios, pero no terminó de darle el beso---. Ahora no. Ahora que ya sé lo que quiero...

---¿Y qué es lo que quieres? ---susurró.

Ella se dejó caer en el suelo y abrió los brazos como si quisiera abarcar todo lo que la rodeaba.

---Vivir ---confesó---. Quiero ser yo la que tome las decisiones en mi vida, ir construyéndola según mis deseos, sin que nadie ni nada me impida alcanzarlos.

Martín la miró y asintió conforme con lo que escuchaba.

---¿Y cuáles son esos deseos?

Elsa lo observó, le acarició la cara y delineó sus labios.

---Rodearme de las personas que me hacen feliz.

---Es un buen propósito ---indicó.

---Sobre todo del chico que me prometió que volvería a creer en las sorpresas...

---Mmm... ---Se agachó hasta ella, apoyando su cabeza en la mano, y ahora fue él el que delineó sus labios---. Me gusta, me gusta... ¿Qué más?

Ella puso los ojos en blanco, simulando que pensaba en más cosas que decirle, como si en realidad no las supiera ya.

---Enamorarme...

Los dedos de Martín descendieron por su cuello mientras en su rostro aparecía una tentadora sonrisa.

---Cada vez me gustan más estos propósitos tuyos. ---Desabrochó uno de los botones de la camisa que llevaba---. ¿Y has pensado de quién?

Elsa lo miró, mostrando en sus negros ojos todos los sentimientos que escondía en su corazón, y asintió.

---De un chico más joven que yo, que me quiera tanto como yo a él y al que no le importe que esté casada.

Martín se llevó la mano hasta la barbilla.

---Déjame que piense... Puede que conozca a alguien.

Ella atrapó su camiseta y tiró de él, emitiendo al mismo tiempo un gruñido.

---No seas crío y bésame ---le exigió.

Martín se carcajeó mientras sus labios se unían.

---Eso de crío... ---Negó con la cabeza.

Elsa suspiró y se dejó caer de nuevo en el suelo rendida.

---Eres imposible.

El chico posó una de sus manos en la pierna desnuda de ella y ascendió con lentitud hasta toparse con su ropa interior. Coló uno de sus dedos por debajo de la lencería y comenzó a acariciar los húmedos pliegues.

---Quizás pueda resarcirme ---le susurró cerca de su oído.

Elsa cerró los ojos y negó con la cabeza, aunque al mismo tiempo abrió un poco más las piernas, contradiciéndose.

---Lo tienes bastante difícil. Yo aquí... ---gimió al sentir uno de sus dedos entrando en su interior---, intentando abrir... ---un nuevo gemido se le escapó, impidiéndole hablar--- mis sentimientos y tú... ---Expulsó el aire que retenía y lo miró sin poder decir nada más cuando dos de sus dedos comenzaron a entrar y salir de su cuerpo.

Martín le sonrió.

---¿Quieres que pare? ---Ella negó y sintió como su pulgar comenzaba a acariciar su clítoris, mientras dos de sus dedos la atravesaban---. Yo tampoco ---le dijo sentenciando sus palabras con un beso.

Capítulo 11

Elsa se rio al mismo tiempo que abrazaba a Martín.

---¿Crees que en algún momento compartiremos la cama? ---le preguntó divertida.

Los dos estaban desnudos en mitad del suelo del salón.

Martín la subió encima de él y dejó que sus dedos descendieran sinuosamente desde el cuello hasta su pecho, realizando dibujos inconexos que conseguían que la piel se le erizara.

---¿Tienes alguna queja?

Ella se tumbó encima de su cuerpo y lo besó en la zona del tatuaje.

---Ninguna.

Los dedos de Martín se enredaron en su cabello.

---Me gusta...

---¿El qué? ---se interesó, mirándolo de frente.

---Esto... ---Le acarició la cara---. Tú... Tenerte aquí, conmigo.

Ella sonrió y le dio un beso en la barbilla.

---A mí también.

---Pues vayámonos a vivir juntos ---le soltó.

Elsa levantó las cejas, sorprendida ante la propuesta, y se rio.

---Eso sí que es ir rápido...

Martín se giró sobre sí mismo, llevándosela en su camino con él, hasta que la espalda de Elsa tocó el suelo.

---¿No decías que no te importaba que fuera rápido?

Ella suspiró y delineó sus cejas. No se cansaba de tocarlo.

---Sí, pero...

Martín chascó la lengua contra el paladar.

---Nada de *peros*..., ¿lo recuerdas? ---Elsa asintió---. No pienses. ---Golpeó con cariño su cabeza ---. Desconecta y haz lo que quieras, lo que tu corazón desee hacer... ---Posó la mano en el

músculo que latía a gran velocidad y la miró con intensidad---. ¿Qué te dice?

Elsa cerró los ojos por unos segundos como si escuchara a su corazón.

---¿Por qué las prisas? ---lo interrogó antes de querer responder a su pregunta---. No me voy a ir a ninguna parte...

Martín se levantó, alejándose de ella, se puso el vaquero y se sentó en el sofá.

Elsa lo observó y fue tras él, escondiendo su desnudez con la camisa que llevaba antes. Se arrodilló entre sus piernas y buscó sus ojos, observando una tristeza que hasta hacía unos instantes no estaba en ellos.

---¿Qué sucede? ---insistió.

Él la miró, apartó el cabello que le caía sobre la cara y dejó las manos en cada una de sus mejillas.

---No me gusta hacer planes, me da miedo el futuro porque sé que puede romperse cuando menos lo esperamos... Cuando más feliz puedes estar ---indicó agarrándola por los brazos, ayudándola a levantarse para que se acomodara encima de él, y comenzó a acariciar sus piernas como si con ese sutil movimiento sus recuerdos fueran menos peligrosos.

---Martín, no hace falta que me lo cuentes.

Él asintió.

---Sí, quiero y lo necesito. ---Ella movió la cabeza conforme---. El cáncer me arrebató muy joven a mi abuela y a mi madre...

Elsa ahogó un grito.

---Lo siento...

Él negó con la cabeza.

---Tranquila. Estoy bien... Fue hace mucho tiempo, pero fue una etapa de mi vida muy difícil.

Me quedé de la noche a la mañana solo con mi padre... ---Respiró con profundidad---. Me costó reaccionar al principio, pero poco a poco mi padre y yo fuimos construyendo un nuevo hogar hasta que él cayó en la bebida, y me tocó a mí llevar la comida a casa.

---Martín, de verdad que no...

---Acabé metido en problemas y en más de una pelea ---continuó interrumpiéndola como si, ahora que había comenzado con su historia, no pudiera detenerse---. Esto ---dijo llevando sus dedos hasta la curva torcida de su nariz--- fue una de las muchas consecuencias de esos días.

Elsa le acarició con reverencia la zona dañada.

---¿Y qué pasó?

Él se apoyó en el respaldo del sofá.

---Mi padre se recuperó, con ayuda, pero consiguió salir de ese mundo de alcohol...

---Me alegro por ti ---le indicó feliz.

Martín asintió.

---Fue un tiempo increíble donde recuperé a mi padre, a mi amigo, a mi confidente, hasta... --- tomó aire antes de añadir---: hasta que un accidente de tráfico también lo alejó de mi vida.

Elsa se llevó una mano a la boca.

---¡No!

Martín suspiró y se llevó la mano al cabello.

---Un conductor borracho en dirección contraria ---explicó a media voz---. Esto es lo irónico de la vida. ---Se encogió de hombros y le dio un beso como si necesitara el calor que desprendía su cuerpo.

El silencio los envolvió por unos segundos.

---¿Qué hiciste?

---Acabé en un hogar de acogida donde conocí a Miguel...

Ella elevó sus cejas en un gesto de comprensión.

---¿Y Tony?

---Sus padres nos ayudaron en cierta manera a construir la vida que ves.

Asintió.

---Me alegro de que os ayudaran.

Martín movió la cabeza de manera afirmativa y comenzó a acariciarle la espalda.

---En cierto modo, tuvimos suerte ---confesó---. Fue duro, pero desde entonces esos dos ---dijo moviendo la cabeza hacia el lugar donde reposaba la fotografía de los tres chicos--- han estado en mi vida y sé que, si los necesito, siempre estarán ahí.

Elsa lo besó, trayéndolo de nuevo al presente.

---Son muy afortunados de tenerte.

---Y yo a ellos.

La joven asintió conforme.

---¿Y no tienes ningún recuerdo de tu familia? ---se interesó haciendo referencia al tema de las fotos, cuando había preguntado con anterioridad.

---Perdí casi todo menos una foto en la que aparecía con mi abuela y mis padres que guardo en mi habitación. ---Movió la cabeza hacia la puerta que había abierta y por la que se iba a su dormitorio.

Elsa asintió y le dio un tierno beso.

---Entonces... ---Se calló, dudando si ahondar todavía más en lo que le había explicado.

---Dime, pregunta lo que quieras saber ---la animó.

Elsa sonrió.

---¿Es por eso por lo que no te tomas las cosas con calma? ¿Por tu familia?

Martín afirmó.

---Cuando menos te lo esperas, la vida puede darte un mazazo y arrebatarte lo que más quieres sin que te dé tiempo a disfrutar de ello.

La joven posó las manos a ambos lados de su cara, obligándolo a mirarla.

---Sí, la vida puede ser muy jodida a veces, pero otras, te trae personas que te hacen feliz.

Piensa en Tony y en Miguel... o en mí.

Martín pensó un momento en lo que le indicaba.

---Sí, tienes razón, pero eso no evita que quiera aprovechar cada segundo de lo que me queda en este planeta. No sabemos cuándo la parca puede alejar a los seres que amamos de nuestro lado, por lo que quiero disfrutar cada segundo de mi vida a tu lado.

Elsa lo miró con cara de asombro al escuchar sus últimas palabras.

---¿Me amas?

Él sonrió.

---Te amo. ---Fue a levantarse de encima de él, pero la detuvo---. ¿Adónde vas?

---Necesito pensar...

Martín atrapó su cara y enfrentó su mirada.

---Nada de pensar. Mírame ---le ordenó y ella le obedeció---. No pretendo creer que tú también sientas lo mismo que yo. Es una locura que en el poco tiempo que hace que nos conocemos puedas haberte enamorado de mí. Yo soy así, mi vida me ha hecho ser así... No pienso, actúo, y mi corazón late por ti, desde que nos conocimos en la fiesta sorpresa de Raquel. Me robaste el alma y, desde que te vi, ando por el mundo desorientado, buscándote, para que seas la brújula que enderece mi vida, pero sin exigencias ni compromisos. No quiero que me engañes y que pongas

palabras en tu boca que no sientes ahora, pero que yo sé que sí acabarás sintiendo.

Elsa se carcajeó, para sorpresa de Martín, tras su discurso.

---Perdona, perdona...

---Ahora soy yo el que se pone profundo y tú me respondes así ---le dijo entre enfadado y divertido, imitando su anterior actitud.

Ella posó la mano en su cara, intentando borrar el mohín que había aparecido en su boca, y le dijo:

---Es que de pronto mi mente te ha imaginado con un turbante en la cabeza, las manos llenas de anillos y una bola de cristal delante para leer el futuro.

Martín llevó las manos hasta su barriga y comenzó a hacerle cosquillas.

---Conque esas tenemos, ¿eh?

Elsa se retorció por su intromisión mientras se reía.

---Si no paras no podré decirte lo que pienso de todo lo que me has contado...

Él la miró y arrugó el ceño no muy convencido.

---¿No será una artimaña para que te suelte?

---Puede ser..., pero decide tú si te arriesgas. ---Le sacó la lengua.

Martín suspiró y se echó hacia atrás apoyándose en el respaldo del sofá con las manos hacia arriba en son de paz.

---Está bien. Te escucho.

Elsa se recolocó encima de él, provocando inconscientemente que una parte del cuerpo masculino reaccionara ante su contacto y le ofreció una pícaro sonrisa.

---Quizás podemos esperar a después... ---Se movió un poco más sobre él, arrancándole un gruñido.

Martín atrapó con rapidez sus manos en la espalda, y le impidió moverse.

---No te negaré que me apetece volver a estar dentro de ti ---le confesó con voz grave, y tras besarla, añadió---: Pero necesito, me urge bastante que me confieses qué piensas de todo lo que te he contado.

Elsa atrapó su labio inferior, ese que sobresalía un poco más que el superior, y sacó su lengua incitándole.

---Tengo miedo porque lo que siento por ti es muy fuerte. Jamás... ---Atrapó el lóbulo de su oreja---. Jamás he sentido por otra persona lo que ha nacido en mi corazón desde el mismo día en el que nos encontramos. Ni siquiera por el que es mi marido. ---Buscó su mirada para que observara la verdad de sus palabras en sus ojos---. Creí que lo amaba, pero no puede llamarse a eso amor, cuando lo que siento por ti hace que mi corazón lata con un ritmo nuevo que me ha obligado a despertar. Tengo miedo de que la vida vuelva a darme una desagradable sorpresa y que sufra de nuevo, porque sé que esta vez el dolor sería más cruel si viniera de ti...

Él siseó.

---Yo no te haría daño.

Elsa llevó su mano a la boca silenciándolo.

---No puedes prometer eso y lo sabes. Tu experiencia, tu familia, hablan por ti. Sabes lo que esta vida cambia, se transforma, evoluciona, pero...

---¿Pero? ---preguntó esperanzado.

Ella le sonrió.

---Dijiste que no querías *peros*.

Martín gruñó.

---Elsa, me estás haciendo sufrir y vas a terminar pagándolo.

Ella se movió encima de él, tentándolo.

---No me importaría.

El joven volvió a gruñir y apretó aún más su agarre, obligándola a detenerse.

---Sigue ---le ordenó.

Elsa soltó de golpe, sin dar más rodeos:

---Pero prefiero mil vidas a tu lado que ninguna sin ti.

Martín le sonrió sin creerse lo que escuchaba.

---¿Me amas?

Ella asintió.

---Te amo.

---¿Y vivirás conmigo?

Volvió a mover la cabeza de manera afirmativa.

---Viviremos juntos, pero ya sabes la relación que tengo con mi padre...

---No tienes ninguna relación ---indicó.

Ella asintió.

---Por eso, no podremos contar con su ayuda...

---No necesitamos nada de él ---la atajó con rapidez---. Un hombre que trata tan mal a sus hijas, a Lucía y a ti, poniendo sus negocios por delante de su familia, no quiero que forme parte de mi vida... de nuestra vida.

Elsa le dio un beso ante su respuesta, ante su actitud, tan diferente a la de Enric, que siempre pensaba antes en lo que su padre podía hacer o decir.

---Hay otro pero... ---dijo de pronto, al recordar a su marido.

Martín bufó y dejó que sus manos ascendieran hasta los pechos, donde comenzó a acariciarla.

---No quiero más *peros* por hoy.

La joven gimió ante su contacto y comenzó a moverse sobre él.

---Enric... ---mencionó a su esposo, provocando que los movimientos de Martín se detuvieran.

---¿Qué pasa con él? ---preguntó arrugando el ceño.

---No podremos casarnos hasta que Enric decida que quiere concederme el divorcio.

Martín la levantó y la tumbó sobre el sofá.

---Nadie ha hablado de matrimonio, ¿verdad? ---señaló dándole un beso.

Elsa se rio.

---No, nadie. Creo que pude perderme algo de tu discurso ---indicó divertida.

---Eso no puede ser ---la regañó---. Creo que tendré que castigarte. ---Llevó su mano hasta el cierre de su pantalón, pero Elsa lo detuvo con rapidez y Martín la miró extrañado---. ¿Algo más que añadir?

Elsa se mordió el labio inferior y asintió.

---¿Qué te parece si probamos en tu cama?

Martín estalló en carcajadas, se levantó del sofá y la tomó en brazos.

---Me parece muy buena idea.

FIN

Merche Diolch

**MIGUEL
YLLEGASTE TÚ 9**

«Son nuestras elecciones las que muestran lo que somos, mucho más que nuestras habilidades.»

J. K. ROWLING, *Harry Potter y la cámara secreta*

Prólogo

---¿Qué haces aquí, Miguel? ---le preguntó Sarah mientras subía las escaleras que conducían hasta la entrada del bar donde trabajaba.

El joven, que estaba sentado en uno de los escalones, levantó la vista de su móvil y le regaló una radiante sonrisa.

---Esperarte. Ya sabes que sin ti no puedo vivir.

La risa femenina los envolvió.

---Mira que eres pelota ---lo acusó al mismo tiempo que abría la puerta del establecimiento---

Anda, entra ---lo invitó mientras encendía las luces.

Él se levantó, se limpió un poco el vaquero y la siguió.

---No sabía que abrías tan temprano ---comentó intentando entablar una conversación. Se sentó en uno de los taburetes que había cerca de la barra y el silencio del local le llamó la atención, tan acostumbrado al ruido y las conversaciones de los camioneros que por allí pasaban.

La chica se metió en la cocina para salir de inmediato con un cubo lleno de agua en una mano y una fregona en la otra.

---Alguien tiene que limpiar.

---¿Te ayudo? ---Se bajó del taburete y atrapó corriendo el cubo de plástico.

Ella negó con la cabeza.

---Es cosa mía...

Él tiró del cubo con fuerza, intentando que se lo diera, pero ninguno de los dos lo soltaba.

---Venga, no seas cabezota. Déjame ayudarte...

---No, Miguel. Es mi trabajo... ---le señaló y tiró del cubo hacia ella, provocando que el agua cayera al suelo, mojándolos.

El chico comenzó a reírse.

Sarah lo miró con cara de pocos amigos.

---No le veo la gracia.

Miguel aprovechó para quitarle la fregona de la mano y le dio un beso en la mejilla para su sorpresa.

---Venga, no te pongas así, que estás muy fea.

Ella cruzó los brazos por delante y arrugó el ceño mientras observaba como limpiaba.

---Pues tampoco se te da tan mal ---dijo pasado un tiempo.

Miguel la miró por encima del hombro y guiñó un ojo.

---La experiencia... Anda, sigue tú con otras tareas y yo termino con el suelo.

Sarah asintió y desapareció en la cocina.

Al poco, se escuchó en el local el ruido de la puerta al abrirse.

---Está cerrado ---anunció Miguel a quien fuera que había entrado, sin ni siquiera molestarse en mirar.

---¿Está Sarah? ---preguntó de forma brusca el recién llegado sin hacerle caso.

---¿Quién lo pregunta? ---Miguel paró lo que estaba haciendo y observó al joven que acababa de entrar. Iba vestido con un pantalón negro y una cazadora también oscura, y no era más alto que él. Tenía las gafas de sol puestas, aunque ni dentro ni fuera del local fueran necesarias, y su cabello rubio estaba peinado hacia arriba.

El joven lo miró con gesto de desprecio de arriba abajo.

---No es de tu incumbencia...

Miguel dejó la fregona apoyada en la barra.

---Si preguntas por Sarah, sí. ---No sabía muy bien por qué había dicho eso, pero al observar a ese desconocido algo le dijo que no era de fiar.

Se carcajeó ante su respuesta.

---No me hagas reír, muchacho. ¡Sarah! ¡Sarah! ---la llamó a gritos, ignorándolo.

Miguel se acercó a él un poco más y atrapó su brazo.

---Tengo que pedirte que te marches...

El chico se quitó las gafas de sol, dejando visibles unos ojos demasiados rojos, muy lejos del blanco que debía cubrirlos, prueba de que por su sangre corrían sustancias ilegales, y trató de zafarse de su agarre.

---¡Suéltame! ---le exigió.

Miguel hizo lo que le pedía y señaló la puerta.

---Vete ---le ordenó de nuevo.

---Oblígame ---lo retó.

Miguel avanzó un par de pasos con intención de hacerlo cuando le sorprendió un puñetazo en el estómago que provocó que se doblara sobre sí mismo. Mientras hacía todo lo posible para recuperar el aire que le había robado el golpe, el joven que le había sacudido se agachó para mirarlo a la cara.

---Dile a Sarah que Aitor la busca ---le dijo entre dientes y se marchó.

Miguel se acercó a la entrada en cuanto esto ocurrió y, sin dudar, cerró la puerta con llave.

Se apoyó en la madera y llamó a la chica que se escondía en la cocina.

---Sal... Ya se ha ido.

Sarah apareció de inmediato. En su cara se reflejaba el terror que había sentido cuando identificó la voz de quien la llamaba.

---¿Estás bien? ---le preguntó preocupada.

Él se pasó la mano por su estómago y asintió.

---Algo dolorido..., pero bien.

La chica llevó sus manos a la zona que había sufrido el puñetazo y lo miró con sus ojos azules llenos de lágrimas.

---Lo siento... Yo...

Miguel chistó acallándola y le acarició la mejilla, secándole la humedad que se deslizaba por ellas.

---No pasa nada... Estoy bien. Está todo bien ---mintió pasándole un brazo por los hombros para atraerla hacia él---. Estoy aquí. Me tienes para lo que necesites.

Sarah apoyó su cabeza en el pecho de él y lo abrazó.

El silencio se asentó en el local, solo roto por el llanto de la joven.

Continuará...

Biografía

Merche Diolch nació en Madrid el Día de Reyes de 1979. Lectora empedernida desde la infancia, cursó la carrera de Historia y se especializó en estudios de la Edad Media, aunque no tardó en descubrir que su verdadera vocación era la escritura.

Piensa que todos los sueños se pueden alcanzar, pero siempre con constancia, paciencia y trabajando poco a poco para conseguirlos, por eso tanteó el mundo literario por medio de pequeños relatos con los que colaboró en diferentes antologías literarias hasta que dio el salto publicando *¿Por qué no?* y *Fuego rojo*.

Dos novelas que fueron recibidas con expectación por parte de los lectores y que lograron cosechar grandes éxitos.

Con *Para regalo* consiguió alcanzar el número uno en las distintas plataformas digitales de ventas y todavía

siguen

sorprendiendo

SUS

excelentes
resultados.

Sus series *Rapax* y *Dulce y Salado* no dejan de atraer nuevos lectores, recogiendo buenas e increíbles críticas que animan a la escritora a continuar en esta profesión, porque según su propia opinión: «Sin los lectores, los escritores no existiríamos».

Ha sido dos veces finalista del Premio AURA, galardón que alcanzó en el año 2015.

En 2009 fundó la página *Yo leo RA*, una de las páginas web pioneras en especializarse en el género romántico y de la que derivan incontables actividades y acciones para la promoción del género, como los Encuentros Literarios RA que se celebran cada año y a los que asisten más de 600 personas. Actualmente ha organizado el CiempoLiT. Festival de Literatura Infantil y Juvenil con una increíble respuesta por parte de los asistentes.

A día de hoy trabaja en varios proyectos que verán la luz a lo largo del año.

Enlaces de interés

Blog: <http://merchediolch.blogspot.com.es/>

Facebook: Merche Diolch

Twitter: @MercheDiolch

Instagram: @merchediolch

Martín

Y llegaste tú 8

Merche Diolch

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93

272 04 47

© Merche Diolch, 2019

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta © de la imagen de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-08-20819-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mi error fue amar al príncipe. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II
Moruena Estríngana

Heaven. El hilo rojo del destino
Lucía Arca

Viaje hacia tu corazón
Moruena Estríngana

Tu eres mi vez

Judith Priay

Latidos de una bala

Alexandra Roma

Eres mi mejor sueño
Clara Álbori

Mi sol, mi luna

Calista Sweet

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!